

KAKATUKÁN



CUENTOS DE CALLEJA EN COLORES

6
21



00002367







CUENTOS DE CALLEJA
EN COLORES

8ª SERIE





CUENTOS DE CALLEJA
EN COLORES

8a Serie

KAKATUKÁN

LA PRINCESA Y EL ERIZO

+

LA PELOTA SALTARINA

+

EL CORAZÓN DEL MAGO

+

CÁLCULOS QUE
SALEN BIEN

+

Por
E. NESBIT

ILUSTRACIONES DE RIBAS

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.

CALLEJA FUNDADA EL AÑO 1876

MADRID



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

PROPIEDAD DERECHOS RESERVADOS
COPYRIGHT 1922 BY
EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA S. A." MADRID.



KAKATUKÁN



MATILDE tenía las orejas coloradas y relucientes, igual que las mejillas; rojas también las manos. Todo porque su aya Felisa acababa de lavarla, no de ese modo habitual que le deja a uno limpio y a gusto, sino con un lavado minucioso, de los que producen un ardor y un escozor tales que el paciente anhelaría ser un pobre niño salvaje para no saber nada, correr medio desnudo al aire libre y no meterse en el agua más que cuando sintiese calor. Matilde hubiera deseado pertenecer a una tribu salvaje, mejor que haber nacido en la ciudad.

—A los niños salvajes—decía—no se les lava minuciosamente las orejas, ni se les ponen vestidos que tiran por debajo de los brazos y pinchan en el cuello; ¿verdad, Felisa?

Pero ella contestaba—: ¡Qué tonterías dices!—y después añadía—: ¡Estáte quieta, niña, por el amor de Dios!

Felisa era la niñera de Matilde, que muchas veces la encontraba molesta. Tenía razón la chiquilla cuando pensaba que los niños salvajes no llevan vestidos estrechos, y también es verdad que no los lavan excesivamente, ni los cepillan, ni los peinan, ni los calzan, ni menos les ponen los guantes y el sombrero para llevárselos en un ómnibus a Quintaseria, a ver a tía - abuela Pilar. Tal iba a ser el sino de Matilde, según había dispuesto su madre. Felisa la había arreglado ya, y ella, sabiendo lo vana que sería toda resistencia, mostrábase sumisa.

Pero no habían consultado al Destino, y el Destino tenía otros proyectos relativos a ella.

Cuando estuvo abrochado el último botón de las botas de Matilde (el abrochador estaba siempre de malas, sobre todo si le daban prisa, y aquella vez dió un pellizco bastante cruel a la muchacha en una pierna), tiraron de la pobre criatura escaleras abajo, y la sentaron en una silla del recibimiento, a esperar a que Felisa se emperifollase.

—No tardaré ni un minuto—había dicho el aya. Pero Matilde ya sabía lo que pasaba, y se sentó a esperar, con las piernas colgando, en postura lastimosa.

Ya había estado otras veces en casa de tía - abuela Pilar y sabía exactamente lo que iba a ocurrir. La pregun-

tarían por sus lecciones, cuántos premios tenía y si había sido buena.

Me parece que las personas mayores no se dan cuenta de lo impertinentes que son tales preguntas. Figuráos que les contestáis de este modo: "Estoy la primera en mi clase, gracias, Tita, y he sido muy buena. Pero ocupémonos un poco de usted. Dígame, querida tía, ¿cuánto dinero tiene usted? ¿Ha reñido mucho a las criadas? ¿Ha tratado de mostrarse paciente y complaciente, como debe ser toda persona mayor?"

Ensayad este método con una tía vuestra la primera vez que os haga preguntas, y escribidme en seguida contándome la cara que pone.

Se sabía de memoria Matilde cuáles iban a ser las preguntas de tía Pilar, y que, en cuanto ella contestara, le darían un bollito con granos de ajonjolí por encima y le dirían que se fuese con Felisa, para que le lavase otra vez cara y manos. Luego le mandarían de paseo al jardín, que tenía un senderito lleno de piedras y unos cuantos geranios, calceolarias y lobelias; pero no se podía coger nada. Un poco de ternera para comer, tres cortecitas de pan alrededor del plato y un budín de tapioca. Luego toda la tarde con un librote encuadernado, impreso en letra muy chica y con



vidas de niños muertos en tierna edad porque eran demasiado buenos para seguir en este mundo.

Matilde daba vueltas en su asiento. Si hubiese estado un poco menos incómoda, se habría echado a llorar; pero tanto le tiraba y apretaba el vestido nuevo, que ni siquiera llorar le dejaba, ni pensar en otra cosa que en el daño que le hacía.

Cuando, por último, se presentó Felisa, le dijo:

—¡Vergüenza te debía dar esa cara tan aburrida!

—¡Si no lo estoy!—dijo Matilde.

—Sí que lo estás—replicó Felisa—; sabes quién eres y no aprecias lo que tienes.

—¡Si tía Pilar fuese tía de usted!—exclamó Matilde.

—¡Niña tonta, niña descarada!—gritó Felisa agarrando a Matilde por un brazo.

Matilde trató de largar un manotón a su aya, y las dos bajaron la escalera, encolerizadas una contra otra. Por el camino, que no tenía nada de agradable, fueron a buscar el ómnibus, que tampoco tenía nada de agradable; Matilde iba dando hipidos.

Era Felisa, aunque irritable, muy cuidadosa; pero aun el más cuidadoso se descuida alguna vez, y aquella mañana tenía que equivocarse de ómnibus . . ., porque,

si no, no habría cuento. Y ¿qué iba a ser de nosotros sin cuento? Esto indica que hasta las equivocaciones son útiles a veces; de modo que no hay que reírse mucho de las personas mayores aunque hagan algo que no esté bien. Después de todo, bien sabéis que casi nunca ocurre tal cosa.

Era un ómnibus verde y dorado, muy nuevecito, y dentro tenía unos almohadones verdes también y muy blandos. Matilde y su aya lo disfrutaban ellas solas, y la niña empezó a sentirse más a gusto, sobre todo luego que consiguió romper un respuntes del hombro, con lo cual el vestido le estaba un poco menos apretado.

Entonces dijo—: Siento haberme enfadado, querida Felisa.

—Así debe ser—contestó ella, sin añadir que también sentía haberse irritado; pero no esperéis nunca que diga cosas por el estilo una persona mayor.

No era, ciertamente, aquel ómnibus el que debían haber tomado, porque en lugar de ir dando tumbos por calles largas y polvorientas, iba despacito y muy suavemente por una verde pradera, con setos floridos y árboles verdes. Tan encantada iba Matilde, que no se movía, cosa rara en ella. Felisa iba leyendo un novelón, "La Venganza de Lady Constanza", y no se enteraba de más.

—No importa; yo no se lo digo—pensó Matilde—. Mandaría parar el ómnibus, quieras que no—. Paró, al fin, el ómnibus, por su propia voluntad. Felisa se guardó la novela en el bolsillo y saltó afuera.

—¡Anda!, ¿qué es esto?—exclamó, y corriendo se fué hacia donde los caballos estaban. Eran blancos, con arneses verdes, y tenían larguísimas colas.

—Oíga, joven—dijo Felisa al conductor del ómnibus—, nos ha traído usted a un sitio equivocado. Esto no es Quintaseria; no lo es.

El conductor era el más gallardo conductor de ómnibus que jamás se viera, y su traje tan hermoso como él. Llevaba medias y camisa de seda blanca, con rizada pechera, levitón y calzas de color verde y oro, lo mismo que el sombrero de tres picos, que se quitó muy cortésmente cuando Felisa le hablaba.

—Temo—dijo con la mayor amabilidad—que por una circunstancia fortuita y lamentable se hayan equivocado ustedes de ómnibus.

—¿Y cuándo regresa?

—Este ómnibus no hace viajes de regreso. Sale de la ciudad una vez al mes, pero no vuelve.

—Pero tendrá que ir allá, aunque no sea más que para volver a salir—indicó Matilde.

—Para cada viaje se pone un ómnibus nuevo—dijo el conductor, volviendo a saludar con su sombrero de tres picos.

—¿Y qué se hace de los viejos?

—¡Ah!—dijo el cochero, sonriente—, según y conforme. Nadie lo puede saber de antemano, porque hoy las cosas cambian muy rápidamente. Adiós, y muchas gracias. No, señora, de ninguna manera.

Y rechazando la moneda que Felisa le ofrecía, se alejó en su coche a toda velocidad.

No, no era aquello Quintasería, y bien lo advirtieron en cuanto miraron alrededor. El ómnibus que por equivocación habían tomado las dejó en un extraño pueblo, el pueblo más limpio, más agradable, más rojo, más verde, más pulcro, más bonito del mundo. Agrupábanse las casas en torno a una verde pradera donde los niños jugaban vestidos con claros trajes o amplios delantalillos. En tan dichoso lugar no se concebía un vestido que tirase por debajo del brazo. Matilde, envalentonada, se saltó dos o tres corchetes y rompió un poquito más la costura del hombro.

Pero las tiendas parecían algo estrafalarias, según advirtió. Sus nombres no indicaban las cosas que en ellas se vendían. Por ejemplo, allí donde ponía "Elías Antúnez,



hojalatero", ostentábanse en le escaparate hogazas y bollos; la tienda que tenía rótulo de "Panadería" estaba llena de cochecitos de niño; el tendero de comestibles y el constructor de carros parecían haber hecho trueque de nombres o de mercancías y la señorita Amalia, modista, exponía al público salchichas y tocino.

—¡Qué país tan bonito y tan de broma!—exclamó Matilde—. Me alegro de que nos hayamos equivocado de ómnibus.

Un niño de pocos años que llevaba delantal amarillo se acercó a ellas.

—Dispensen—insinuó con finura—pero todo extranjero tiene que ser conducido inmediatamente ante el Rey. Hagan el favor de seguirme.

—¡Vaya un descaró!—dijo Felisa—. ¿Extranjeras nosotras? ¿Y tú, quién eres?

—Yo—repuso el niño haciéndole una reverencia profunda—soy el Presidente del Consejo de Ministros. Ya sé que no lo parezco, pero en ocasiones las apariencias engañan. Es posible que mañana vuelva a tomar mi propia figura.

Algo murmuró entre dientes Felisa, que no llegó a oídos del muchacho. Matilde pescó algunas palabras:

CUENTOS DE CALLEJA EN COLORES

"azotes", "a la cama", "pan y agua", que le eran muy familiares.

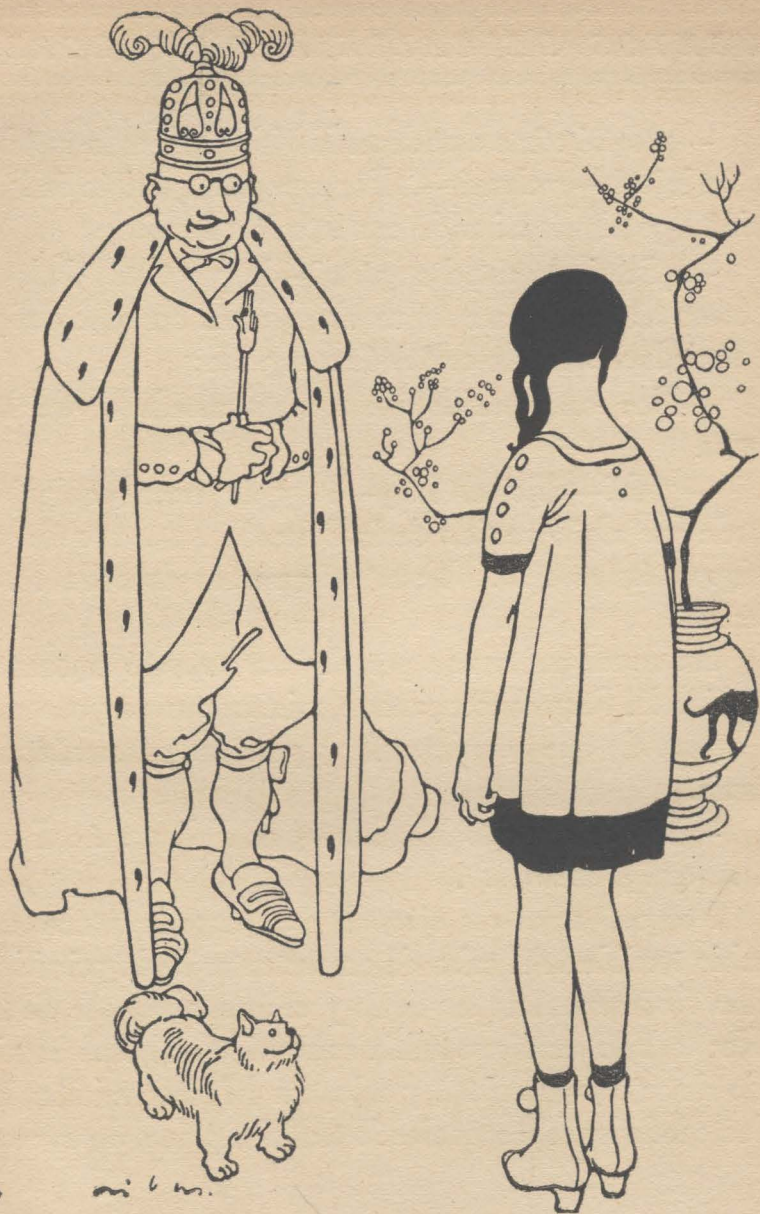
—¡Qué juego tan bonito!—dijo Matilde al niño—. Yo también quiero jugar.

Él frunció el ceño.

—Les intimo a que vengan inmediatamente—dijo en tono tan severo, que la misma Felisa se quedó un poco asustada—. El Palacio de Su Majestad está por este lado—. Echó a andar, y Matilde, dando un brinco, se soltó de la mano de su aya y se fué tras él. De modo que Felisa no tuvo más remedio que seguirlos, sin dejar de gruñir.

El Palacio estaba en medio de un vasto parque verde, engalanado con flores blancas. No se parecía a otros palacios reales, al de Madrid, o al de San Jaime, por ejemplo, puesto que era muy hermoso y estaba muy limpio. Al entrar vieron que las colgaduras eran de seda verde. Verde y oro era la librea de los lacayos, y los trajes de los palacios ostentaban los mismos colores.

Matilde y Felisa tuvieron que esperar unos instantes a que el Rey cambiase de cetro y se pusiese una corona nuevecita, y luego las pasaron a la cámara de audiencias. El Rey salió a su encuentro.



—¡No sé cómo agradecer la visita, viniendo ustedes de tan lejos!—exclamó—. Por supuesto, ¿vivirán en Palacio?—continuó, mirando con interés a Matilde.

—¿Se siente usted a gusto?—le preguntó, dudoso. Y como Matilde, para ser muchacha, era bastante amiga de decir la verdad, le contestó en seguida:

—No; este vestido me aprieta alrededor de los brazos.

—¡Ah!—dijo el Rey—, ¿y no traen equipaje? Puede que algún vestido de la Princesa . . . uno de los antiguos, éso es . . . Y esta señora es su doncella . . . ¿verdad?

En aquel punto una pesada risa atravesó resonante el salón. El Rey, desconcertado, miró en torno suyo, como en espera de que ocurriese algo; pero, al parecer, nada ocurría.

—Sí—le contestó Matilde—, es Felisa . . . Pero . . . ¿qué es eso? . . .

Porque, ante sus ojos, el aya experimentaba un cambio terrible. Al cabo de un instante, de la primitiva Felisa sólo quedaban las botas y el último volante de la falda: todo lo demás se había convertido en hierro barnizado de rojo y en cristal, y mientras Matilde miraba, el volante inferior se iba poniendo también plano, duro, cua-

drado y los dos pies se convertían en cuatro pies de hierro, sin que ya hubiese Felisa por ninguna parte.

—¡Hija mía—dijo el Rey a Matilde—, tu doncella se ha convertido en máquina automática!

Y era así. La niñera se había convertido en una de esas máquinas que se ven a la entrada de los teatros, codiciosas, arrebatadoras, que os dejan sin una moneda de diez céntimos y os dan, en su lugar, una pieza de chocolate, sin devolver siquiera un perro chico.

Pero no era chocolate lo que se veía a través de los cristales de la máquina que antes era Felisa, sino unos papelitos enrollados.

El Rey alargó en silencio a Matilde unas monedas. Matilde echó una dentro de la máquina, y tiró del cajoncito. Dentro había un papel; lo desenvolvió Matilde y leyó: "No seas pesada"—. Repitió la suerte, y el que entonces sacó decía: "Si no te estás quieta, se lo digo a mamá en cuanto llegue". El que sacó después: "Quite usted de ahí, niña fastidiosa". Entonces Matilde se dio cuenta de lo ocurrido.

—Sí—dijo el Rey—. No es posible la duda. Tu doncella se ha convertido en máquina automática de regañar. Pero no importa, hija mía, mañana será otra cosa.

—No se apure, que más me gusta así—replicó vivamente Matilde—. Ya verá como no tengo necesidad de echarle más monedas.

—Pero no vamos a ser descortesos ni olvidadizos—contestó amable el Rey, echando una moneda por la abertura, y lo que sacó fué esto:

”No te pongas pesado. Ya verás dentro de un minuto.”

—No puedo hacer nada por ella—continuó el Rey, pesaroso—. No tiene usted idea de lo rápidamente que cambian aquí las cosas. Ocurre ésto porque . . .; pero ya se lo referiré todo cuando tomemos el té. Que la doncella la acompañe ahora, hija mía, a ver si entre los vestidos de la Princesa hay alguno que le pueda servir.

Una doncella linda y amable condujo a Matilde a las habitaciones de la Princesa, le quitó el traje que tanto daño le hacía y le puso una bata de seda verde, tan suave que parecía hecha de plumón; Matilde, al verse tan cómoda, le dió un beso, de puro alegre que se puso.

—Y ahora, señorita, ¿querrá ver a la Princesa, verdad? Cuidado, no se lastime con ella. ¡Es tan afilada!

Esto no lo entendió Matilde hasta después.

La guió la doncella por varios corredores de mármol, hízole subir y bajar muchas escaleras, de mármol también, y por último llegaron a un jardín cuajadito de rosas blancas, en medio del cual estaba la Princesa, vestida de blanco y sentada sobre un almohadón de rosa, tan grueso como un colchón de pluma.

Al ver a Matilde se levantó. Era como vara y media de cinta blanca, sostenida sobre uno de sus extremos y un poco encorvada; vara y media de cinta un poco ancha, naturalmente; pero lo que para cinta sería ancho, para Princesa era bastante estrecho.

—¿Cómo está usted?—preguntó Matilde, que sabía bien la Urbanidad.

—Delgadísima, gracias—contestó la Princesa—. Y así era en efecto. Tenía la cara tan blanca y fina que parecía hecha de una conchita de ostra; las manos, finas y blancas, a Matilde le parecieron espinas; negros eran el cabello y los ojos. Matilde pensó que un poco más gruesa, hubiese sido bonita. Cuando le tendió la mano, sintió que unos huesos la lastimaban.

La Princesa parecía complacerse en la visita y la invitó a sentarse en el almohadón mismo en que Su Alteza se sentaba.



—Tengo que andar con mucho cuidado para no partirme—dijo—; por éso es tan suave este cojín; y no puedo jugar, no sea que me ocurra un accidente. ¿Sabe usted algún juego en que se pueda estar sentada?

Matilde no sabía más juego que el de la cunita, y se lo enseñó a la Princesa, poniéndose las dos a jugar sentadas en el verde almohadón; la Princesa, con sus dedos espinosos, mostrábase mucho más hábil que Matilde con sus manazas rojas.

Mientras jugaban, no cesaba Matilde de mirar en torno suyo, admirándose de todo y preguntando, naturalmente, muchas cosas. Sujeto con una cadena a una alcándara, dentro de una jaula muy grande, había un corpulento pájaro. Tan grande era la jaula, a decir verdad, que ocupaba un lado entero del jardín. El pájaro tenía cresta amarilla como las cacatúas y largo pico, como los tucanes (Si no sabéis lo que es un tucán, no sois dignos de que os vuelvan a llevar al Jardín Zoológico).

—¿Qué pájaro es ése?—preguntó Matilde.

—¡Ah!—dijo la Princesa—, es mi Kakatukán favorito; un ave de mucho valor. Si se muriera o lo robasen, Tierra Verde se pondría tan mustia como el país más miserable del mundo.

—¡Qué horror!—comentó Matilde.

—Claro está que yo no he visto los lugares más miserables del mundo—añadió la Princesa, estremeciéndose—; pero por la Geografía sé que los hay.

—¿Sabe usted mucha Geografía?

—Hasta las exportaciones e importaciones de cada país—contestó la Princesa—. Pero, adiós. Estoy tan débil, que tengo que descansar a menudo para no perder fuerzas. Doncella, acompáñala.

Acompañó la doncella a Matilde hasta un salón maravilloso, en donde se entretuvo hasta la hora del té con toda clase de juguetes de los que veis en las tiendas y se os antojan cuando alguien va a compraros una caja de construcciones o un rompecabezas, esos juguetes que no os compran nunca porque son muy caros.

Matilde tomó el té en compañía del Rey. Era verdaderamente un hombre bien educado y trató a Matilde como si ella fuese persona mayor, de modo que la niña se sentía dichosa en extremo y se portaba admirablemente.

El Rey le contó sus quebraderos de cabeza.

—Ya lo ves—comenzó—. Tierra Verde era un país agradabilísimo en otro tiempo. Hoy mismo tiene sus encantos, pero ya no es lo que era. Ese pajarraco, ese Kakatukán tiene la culpa, y ni a matarle ni a echarle nos atrevemos. Cada vez que se ríe, ocasiona un cambio.

Mira mi primer Ministro: era un hombretón que no cabía por esa puerta, y ahora, en cambio, puedo levantarle con una mano sola. Y mira también lo de tu pobre doncella. Ese pajarraco tiene la culpa de todo.

—Pero ¿por qué se ríe?—preguntó Matilde.

—No lo sé a punto fijo—contestó el Rey—; no veo nada que pueda hacerle reír.

—¿Por qué no le hacen estudiar o algo desagradable por el estilo, a ver si se entristece?

—Ya lo he intentado todo, créeme, hija mía. Pero no hay profesor capaz de dar lecciones a ese pajarraco.

—¿Y qué es to que come?

—Tortas de Reyes. Pero lo mismo da una cosa que otra. Ese avechucho es capaz de reírse aunque se le alimente con garbanzos crudos.

Suspiró Su Majestad y dió a Matilde una rebanadita de pan con manteca. Luego continuó:

—No tienes idea de las cosas que ocurren. Un día que celebramos consejo, todos mis ministros se volvieron niños de pecho con calcetines amarillos. Y no podemos dar decreto ninguno hasta que no recobren su ser primitivo. Ellos no tienen culpa, y yo no puedo proveer sus vacantes, claro está; ¡pobrecillos!

—Naturalmente,—asintió Matilde.

—Había cierto dragón—fué diciendo el Rey—, y cuando se presentó aquí yo ofrecí la mano de la Princesa y la mitad de mi reino al que lo matara. Es lo que se suele ofrecer como recompensa, según sabrás.

—Sí—dijo Matilde.

—Bueno, pues de tierras muy lejanas llegó un Príncipe joven y respetable, y todo el mundo acudió a verle luchar con el dragón. Hubo quien pagó más de setenta y cinco céntimos por un asiento de primera fila, te lo aseguro. Sonó la trompeta, como para indicar al dragón que ya era hora de comer; tiró el Príncipe de su brillante espada, lanzamos todos un grito, y en aquel momento el condenado avechucho se echó a reir, el dragón se convirtió en un gato, y el Príncipe, que tenía la espada en alto, no pudo contener su empuje y le mató. El populacho estaba furioso.

—¿Y qué sucedió entonces?—preguntó Matilde.

—Yo, por mi parte, hice cuanto estaba en mi mano. Dije que le concedería la de la Princesa como si tal cosa, acompañé al Príncipe hasta el palacio, y cuando llegamos aquí el Kakatukán había vuelto a echarse a reir, y la Princesa se había convertido en una viejísima institutriz alemana. El Príncipe se volvió a su país corriendo y de mal humor. A los dos o tres días la Princesa volvió a tomar su figura. ¡Qué tiempos aquéllos, hija mía!



—¡Ya sufrirían ustedes!—dijo Matilde tomando un sorbo de refresco de zarzaparrilla.

—¡Bien puedes decirlo!—contestó el desventurado monarca—. Pero si fuera a contar los disturbios que ese pájaro ha traído a mi pobre reino, te entretendría hasta mucho más tarde de lo conveniente.

—No importa—dijo Matilde con amabilidad—. Cuénteme algo más.

—¡Pensar—continuó el Rey—, pensar que una leve carcajada del repugnante bicharraco volvió rojas y vulgares las fisonomías de mi larga serie de antepasados! Todos ellos empezaron a renunciar a sus títulos y a decir que se llamaban Fulanos o Zutanos, los nombres más vulgares.

—¡Qué horror!—

—Y una vez—prosiguió lanzando un gemido—se rió tan fuerte que fueron a caer juntos dos domingos, y el jueves siguiente se perdió y fué a colocarse después de Nochebuena. Pero—dijo súbitamente—ya es hora de irse a acostar.

—¿Me retiro?—preguntó Matilde.

—Sí, haz el favor—dijo el Rey—. Siempre cuento estas cosas trágicas a los extranjeros, por si alguno hubiese tan inteligente que pudiera ayudarme. Tú eres una



muchacha muy simpática. ¿Te tienes también por inteligente?

Es muy agradable que le pregunten a uno si es inteligente. Tía-abuela Pilar sabe ya que "u n o" no lo es; pero los Reyes están muy bien educados y Matilde se sintió muy satisfecha.

—No me tengo por inteligente—empezó a decir para no faltar a la verdad; mas, de pronto, el sonido de una carcajada ronca atravesó el comedor de gala. Matilde se llevó las manos a la cabeza.

—¡Ay!—gritó—. ¡Qué cambiada me siento! . . . Espere un instante . . . ¿Qué es esto? . . . ¡Ay!

Permaneció un instante callada, y luego, mirando al Rey, le dijo:

—No estaba en lo cierto, Majestad. Soy inteligente y reconozco que no me conviene estar en vela hasta muy tarde. Buenas noches. Le agradezco mucho su amable invitación. Me parece que mañana por la mañana tendré inteligencia bastante para darle ayuda, a no ser que el pájaro, riéndose otra vez, me vuelva a convertir en la Matilde de antes.

Pero a la mañana siguiente Matilde sentía en su cabeza una lucidez extraordinaria; sólo que cuando bajó a almorzar combinando proyectos para ayudar al Rey, se



in 6 hrs

encontró con que el Kakatukán debía de haberse reído durante la noche, porque el hermoso palacio se había convertido en tienda de carnicero, y el Rey, harto prudente para luchar con el Destino, se había despojado de sus regias vestiduras y estaba ocupadísimo en pesar media libra de chuletas de cordero para una niña que llevaba una cesta.

—Ne sé en qué vas a ayudarme ahora—dijo en tono desesperado—; mientras el palacio esté así, no hay que echárselas de Rey ni de cosa por el estilo; trataré solamente de ser un buen carnicero. Si quieres llevarme las cuentas hasta que el pájaro se ría otra vez y me devuelva mi palacio...

Y el Rey se dedicó al negocio, respetado por sus súbditos, cada uno de los cuales, desde el advenimiento del Kakatukán, había tenido sus más y sus menos. Matilde llevaba los libros, hacía facturas y no lo pasaba del todo mal. Felisa, convertida en máquina, estaba en la tienda y atraía a no pocos parroquianos, que solían llevar a sus chiquillos para que los pobres inocentes echasen una moneda, que el aya recompensaba con un regaño. ¡Hay padres que son capaces de cualquier cosa! La Princesa iba a sentarse al jardín con el Kakatukán, y Matilde iba todas las tardes a jugar con ella. Pero un día en que el Rey

había ido en coche a otro reino, el otro Rey de aquel reino se asomó a una de las ventanas de su palacio, y cuando el Rey pasaba, se echó a reír y le gritó:

—¡Carnicero!

No reparó en tal cosa el Carnicero - Rey, que, aunque rudo, era honrado. Pero cuando el otro Rey se puso a gritarle:

—¿A cómo está la carne de gato?—sintió mucha pena, porque la carne que vendía era siempre de calidad superior. Cuando se lo contó a Matilde, ella le dijo:

—Mande un ejército que le aniquile.

Mandó el Rey su ejército y el enemigo fué aniquilado. El pájaro se rió de nuevo, el Rey volvió a ocupar su trono, y con la risa desapareció la tienda de carnicero, en el momento mismo en que Su Majestad decretaba un día de fiesta nacional y organizaba un magnífico recibimiento para sus tropas. Matilde ayudó al Rey a disponerlo todo. Gozaba con deleite el placer hasta entonces desconocido de sentirse inteligente, y se irritó sobremanera al oír la risa del Kakatukán en cuanto el recibimiento estuvo perfectamente organizado. Se rió el avechucho, y la fiesta nacional se convirtió en un impuesto sobre la renta; la recepción espléndida, en una reprimenda de padre y muy señor mío, y el ejército, de repente, en una alborotada escuela do-



minical de chiquillos que estuvieron gritando y haciendo diabluras hasta que les dieron bollos y los llevaron a casa con riendas.

—Hay que tomar una determinación—dijo el Rey.

—Sí—contestó Matilde—; he pensado que me nombre aya de la Princesa, a ver si se puede hacer algo. Ahora me siento muy inteligente.

—Para ello he de abrir el Parlamento—contestó el Rey—; es asunto constitucional.

Y fué corriendo para abrir el Parlamento en seguida, pero el pájaro asomó la cabeza y se echó a reir cuando él pasaba. Corría él, y su linda corona aumentó de tamaño, se hizo de hierro, y sus piedras se volvieron trozos de vidrio del peor gusto. El terciopelo y el armiño de su traje se cambiaron en franela y piel de conejo. El cetro se alargó, hasta medir veinte pies, y se hizo tan pesado que no podía con él. Pero él persistió en su propósito.

—No hay pájaro—exclamó—que me desvíe de mi deber y de mi Parlamento.

Tan agitado estaba cuando llegó, que no pudo dar con la llave a propósito para abrir el Senado; echó a perder la cerradura, y ante la imposibilidad de abrirlo, todos los miembros del Parlamento salieron por las calles echando discursos y entorpeciendo gravemente el tráfico.

El pobre Rey volvió a su casa y se echó a llorar.

—Esto es demasiado, Matilde—dijo—. Siempre me has consolado. A mi lado estuviste mientras fuí carnicero; tú llevabas los libros, tú apuntabas los encargos; tú ordenabas las existencias. Si eres inteligente de veras, ha llegado el momento de que hagas algo por mí. Si no lo haces, me retiro de los negocios, y dejo la corona. Me haré carnicero en cualquier parte y buscaré otra muchacha que me lleve los libros.

Aquello decidió a Matilde, que le habló así:

—Bien está, señor; déjeme rondar, de noche, a ver si descubro lo que hace reír al Kakatukán: si lo consigo, trataremos de que no vuelva a ocurrir, sea lo que fuere.

—¡Ay!—exclamó el pobre Rey—, ¡si lo lograras!...

Aquella noche, cuando Matilde se fué a la cama, no se durmió. Esperó, acostada, a que el palacio estuviese en silencio, y después, deslizándose con suavidad gatuna, salió a los jardines, donde estaba la jaula del Kakatukán, y se ocultó detrás de unos rosales, a observar y escuchar. Nada ocurrió hasta la hora del alba, en que se despertó el Kakatukán. Pero cuando el sol aparecía redondo y cuando brillaba sobre la techumbre del palacio, alguien se acercó deslizándose con suavidad ratonil; parecía vara y

CUENTOS DE CALLEJA EN COLORES

media de cinta blanca que se arrastrase, y era la Princesa en persona.

Pausadamente llegó hasta la jaula y, escurrióse entre los barrotes; muy juntos estaban, pero vara y media de cinta blanca bien puede pasar por entre los hierros de una jaula de pájaro, sea del tamaño que sea. Llegándose la Princesa a donde estaba el Kakatukán, le hizo cosquillas debajo de las alas, hasta que soltó una risotada. Luego, rápida como el pensamiento, la Princesa se volvió a deslizarse a través de los barrotes, y antes de que el pájaro acabara de reírse, ya estaba otra vez en sus habitaciones. Matilde se volvió a acostar. Al otro día, todos los gorriones se habían vuelto caballos de tiro, y las carreteras estaban intransitables.

Cuando fué, como de costumbre, a jugar con la Princesa, Matilde le preguntó de repente:

—Princesa, ¿por qué está usted tan delgada?

La Princesa estrechó las manos de Matilde con verdadera emoción.

—Matilde— dijo con sencillez—, tiene usted un corazón muy noble. Nadie me ha preguntado jamás tal cosa, ni aun los que han intentado curarme. Y si a una no le preguntan ¿cómo va a contestar? Es una historia

triste y trágica, Matilde. Tiempo atrás, yo estaba tan gorda como usted.

—Yo no estoy gorda—dijo Matilde, indignada.

—Bueno—dijo la Princesa impaciente—, pues yo estaba bastante gorda. Y luego me puse delgada...

—Pero ¿cómo?

—Porque no me quisieron dar todos los días mi pudín favorito.

¡Qué vergüenza!—exclamó Matilde—. ¿Y cuál es su pudín favorito?

—El de pan y leche espolvoreado con hojas de rosa y pizcas de manzana.

Matilde fué, como es natural, a contárselo en seguida al Rey; pero antes de llegar a donde él estaba, el Kakatukán se rió de nuevo. Cuando Matilde vió al Rey, ya no estaba en disposición de pedir la comida, porque se había convertido en casa de campo repleta de adelantos modernos. Únicamente le reconoció Matilde, que se había sentado muy triste en el parque, por la corona que estaba de lado sobre una de las chimeneas y por el ribete de armiño que bordeaba la senda principal del jardín. En vista de ello encargó, bajo su responsabilidad, que hiciesen a la Princesa su pudín favorito, y toda la Corte lo tuvo que comer a diario en adelante, hasta que no hubo palaciego

que no aborreciese la leche y el pan y no prefiriese correr una porción de kilómetros antes de encontrarse con una pizca de manzana. A la misma Matilde le llegó a hartar, aunque, inteligente como era, conocía lo bien que le sentaban el pan y la leche.

Pero la Princesa iba poniéndose cada vez más gruesa y más sonrosada. Tuvo que abandonar sus trajes de papel de seda, y luego tuvo que dejar los que antes le estaban anchos, y después los que ya había usado Matilde, y, por último, que mandarse hacer vestidos nuevos, y conforme iba tomando carnes, iba volviéndose afectuosa y Matilde llegó a sentir verdadera amistad por ella.

Un mes había estado el Kakatukán sin reírse.

Cuando la Princesa llegó a ponerse todo lo gruesa que debe estar una Princesa, Matilde se acercó a ella un día, y echándole los brazos al cuello la besó. Besóla también la Princesa y dijo:

—Siento lo que ha ocurrido. Antes lo sentía igualmente, pero no quería confesarlo; ahora sí. El Kakatukán no se ríe nunca sino cuando le hacen cosquillas. Más aún: detesta la risa.

—¿Y no le volverá usted a hacer cosquillas, verdad?

—No, claro que no—dijo la Princesa muy sorprendida—, ¿por qué he de hacérselas? Cuando estaba delgada, sentía mucho rencor, pero ahora que ya estoy gruesa quiero ver a todo el mundo dichoso.

—¿Y cómo pueden ser dichosos—preguntó severamente Matilde—los que estan convertidos en algo distinto a lo que son en realidad? Ahí tiene usted a su padre querido, vuelto casa de campo, y al Presidente del Consejo de Ministros, que era una criatura, y cuando cambió fué para convertirse en Ópera Cómica. La mitad de las doncellas de palacio son olas que van a romperse contra la vajilla; la marina ve cambiados todos sus hombres en perros de aguas, y el ejército en salchichas de Francfort. Su doncella favorita es un próspero lavadero mecánico y yo, pobre de mí, tengo doble inteligencia que antes. ¿No podría ese horrible pájaro dejar otra vez las cosas como estaban?

—No—dijo la Princesa, deshaciéndose en lágrimas ante cuadro tan terrorífico—. Me dijo en cierta ocasión que cuando se reía podía hacer que las cosas cambiasen una o dos veces, pero que después, si volvía a reírse, se le cambiaban en cosas que ni él mismo sospechaba. No habría más que un medio para que todo volviese a su ser primitivo . . . , ¡pero es imposible! ¡Si pudiéramos lograr

que se riese al revés! . . . En éso estriba todo, según me dijo, pero yo no sé lo que es éso ni cómo se puede conseguir. ¿Y usted, Matilde, lo sabe?

—No—repuso Matilde—, pero se lo diré bajito, porque nos está escuchando: Felisa es quien lo sabe. Muchas veces me amenazó con hacerme reir al revés, pero nunca lo hizo. ¡Ah, Princesa, se me ocurre una idea!

Pusiéronse las dos a cuchichear, tan por lo bajo, que no pudo oirlas el Kakatukán, por mucho que lo intentó. Matilde y la Princesa le dejaron con un palmo de orejas.

Oyóse de pronto un rechinar de ruedas. Cuatro hombres entraron en el jardín llevando en una carretilla un objeto rojo, muy grande. Lo dejaron frente al Kakatukán, que se puso a columpiarse rabiosamente en su alcándara.

—¡Ah!—exclamó—. Si alguien me obligase a reir, lo único que cambiaría había de ser esta horrible casa, lo aseguro. Y se cambiaría en algo más horrible de lo que ahora es; lo siento en todas mis plumas.

Abrió la Princesa la jaula con la llave del Primer Ministro, se deslizó hasta donde estaba el Kakatukán y le hizo cosquillas, primero en un ala y luego en la otra. Fijó el ave sus fatídicos ojos en la rojiza máquina y soltó una carcajada muy fuerte y muy larga; vió que el hierro y el

cristal tomaban ante sus ojos la forma de Felisa. Tenía las mejillas rojas de cólera y sus ojos brillaban como el cristal, de furia que tenían.

—¡Bonita educación!—dijo al Kakatukán—. ¿De que se ríe usted? ¡Ya le enseñaré yo . . . ya le haré yo reír al revés, amiguito!

Hizo irrupción en la jaula, y ante la Corte atónita cogió por el pescuezo al Kakatukán y le hizo reírse del revés. Era un espectáculo tremendo, y el sonido de aquella risa contraria, terrible de oír.

Mas, de pronto, las cosas volvieron como por arte de magia al estado que primeramente tenían. El lavadero automático se volvió doncella, la casa de campo se convirtió en Rey, y todos los demás recuperaron su antigua forma; hasta la maravillosa inteligencia de Matilde se apagó como pavesa de candela.

El Kakatukán mismo se desdobló: una mitad de él se volvió Tucán ordinario y vulgar, como el que habréis visto cien veces en el Jardín Zoológico, si os han juzgado dignos de visitar lugar tan distinguido, y la otra mitad se volvió gallo de veleta, de esos que, como sabéis, cambian constantemente y hacen cambiar al viento. De modo que no ha perdido del todo sus facultades; sólo que ahora, como está partido en dos, no hace falta risa para que

emplee el poder que le resta. El pobre Kakatukán partido, como cierto famoso Rey de Inglaterra, no ha vuelto a sonreír desde aquel triste día.

El Rey, agradecido, ordenó que Matilde y su aya fuesen conducidas a su casa con el ejército entero por escolta; los soldados ya no iban disfrazados de salchichas, sino que lucían brillantes uniformes. Pero Matilde estaba como amodorrada; tanto tiempo había sido inteligente, que sentía cansancio, porque la inteligencia fatiga mucho, como sabréis por experiencia. Y también los soldados debían tener sueño, porque uno tras otro desaparecían, y cuando Matilde y el aya llegaron a su casa no quedaba más que uno, y resultó ser el guardia de la esquina.

Al día siguiente Matilde trató de hablar a Felisa de Tierra Verde y del Kakatukán y del Rey-Casa-de-Campo, pero el aya la interrumpió:

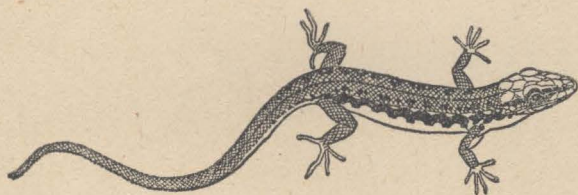
—¿Qué tonterías son éstas? ¡Las niñas callan!

Matilde comprendió fácilmente que a Felisa no le gustaba que le recordasen el tiempo en que había sido máquina automática de regañar, y, como era una muchacha muy amable y de buena educación, no volvió a tocar el asunto.

No quiso Matilde contar sus aventuras a los demás, porque todos en su casa creían que había pasado todo

aquel tiempo con tía - abuela Pilar, y comprendió que si decía que no había estado allá la mandarían inmediatamente . . ., lo cual no era muy halagüeño.

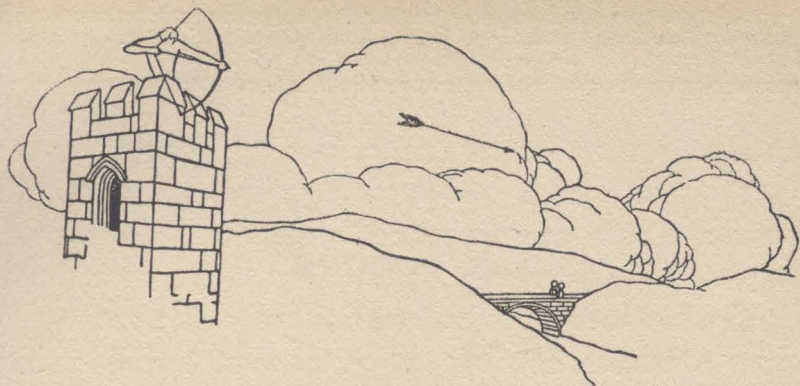
Muchas veces he tratado de que el aya Felisa se equivoque nuevamente de ómnibus, único medio posible de ir a Tierra Verde; pero sólo una vez lo conseguí, y entonces el ómnibus no fué a Tierra Verde, sino al Madero municipal. Porque ninguna niña se ha de hacer la ilusión de que se puede ir a Tierra Verde más de una vez en la vida. Muchas hay que ni siquiera una vez han tenido la fortuna de ir.





LA PRINCESA Y EL ERIZO





—Pues no sé cómo vamos a arreglárnoslas —dijo la Reina por vigésima vez.

—Hágase lo que se haga, siempre acabará mal— dijo el Rey en tono sombrío—. No me cabe duda.

—Sí—contestó la pobre Reina—, tampoco a mí me cabe la menor duda.

La desgracia llega por muchos caminos y no siempre se puede saber con anticipación de modo seguro por cuál ha de llegar. Pero hay cosas que anuncian siempre la desgracia, tan inevitablemente como la noche sucede al día. Por ejemplo: si dejáis que el agua hierva hasta consumirse, a la cazuela se le abrirá un agujero. Si dejáis abiertos los grifos del baño y cerrada la válvula de desagüe, más pronto a más tarde las escaleras de vuestra casa serán una imagen de las cataratas del Niágara. Si os dejáis en casa el bolsillo, cuando vayáis a pagar el tranvía os encontraréis sin dinero. Si echáis un fósforo encendido

a las cortinas de vuestro cuarto, lo más probable será que vuestro padre tenga que pagar unos duros al cuerpo de bomberos para que venga con sus mangas a apagar el fuego. Y si sois reyes y no invitáis a las hadas malas al bautizo de vuestros hijos, ocurrirá una cosa semejante, y si las convidáis, acudirán, y, en tal caso, también sufrirá perjuicio la Princesa recién nacida. ¿Qué ha de hacer pues, un pobre monarca? No le queda más que un camino para resolver la dificultad, y es el de no celebrar el bautizo. Pero entonces se ofenderían las hadas buenas y ¿no podrían ocurrir cosas peores?

Todas estas reflexiones se habían hecho y continuaban haciéndose el rey Basilio y su esposa, y ni uno ni otra podían dudar de que se encontraban en situación bastante comprometida. Daban vueltas por centésima vez al asunto en la terraza del Palacio, adornada de granados y adelfas que crecían en verdes macetones y de rosas rojas y blancas, encarnadas y amarillas, que cubrían profusas la balaustrada. En la terraza inferior la nodriza real se paseaba arriba y abajo con la princesita que tanto daba que pensar en la terraza superior. Los ojos de la Reina contemplaban con admiración a la criatura.

—¡Qué mona!—decía.—Oye, Basilio, ¿no has sentido alguna vez deseo de ser pobre?

—Nunca—contestó el Rey en tono decidido.

—Pues yo sí—replicó la Reina—, porque entonces hubiéramos ido al bautizo tú, yo, tu hermana y nadie más, y no tendríamos temor ninguno. Muchas veces lo he pensado.

La paciente expresión del Rey demostró que no creía probable que a ella se le hubiese ocurrido nada útil; pero, a las pocas palabras, cambió de aspecto. Diríais que aguzó los oídos, si es que los Reyes tienen oídos que puedan aguzarse. Porque ella le dijo:

—Celebremos el bautizo en secreto.

—¿Cómo?—preguntó el Rey.

La Reina miraba hacia donde estaba la niña, con eso que se suele llamar ojos distraídos.

—Espera un momento —dijo en voz baja—. Sí; así ha de ser; celebraremos el bautizo en las bodegas: ya sabes lo espléndidas que son.

—¡Ya lo creo! ¡Como que mi abuelo las mandó construir a los mejores obreros de Jerez!—interrumpió su regio esposo.

—Las invitaciones que enviemos han de parecer facturas. El chico del panadero se encargará de repartirlas; es muy listo: ayer hizo reír a la niña cuando yo le hablaba del pan que ha de traer cada día. Pondremos

en ellas: “ 1 pan 3. Agradeceremos la puntualidad en el pago.” Esto significará que se invita a 1 persona para las 3 de la tarde. Y al respaldo escribiremos con tinta invisible cuándo y dónde. Eso se hace con zumo de limón, ya lo sabes. Y le diremos al chico del panadero que trate de ver a cada persona, como lo hace cuando hay que verlas por propio interés, y le diga por lo bajo: “Secreto absoluto. Zumo de limón. Acérquelo al fuego”, y se marche. ¿Verdad que te parece bien?

Quitóse el Rey la pipa de la boca, se aseguró la corona sobre la frente y dijo a la Reina con toda solemnidad:

—Eres una maravilla; éso es lo que debe hacerse. Pero el chico del panadero es muy pequeñito. ¿Podremos fiarnos de él?

—Nueve años tiene—dijo la Reina—, y más de una vez se me ha ocurrido que debe de ser un Príncipe disfrazado. ¡Es tan inteligente!

El plan de la Reina se llevó a cabo. Las bodegas, que eran verdaderamente extraordinarias, fueron adornadas en secreto por el criado de confianza del Rey, la doncella de confianza de la Reina y unos cuantos amigos íntimos, acerca de cuya fidelidad no cabía duda. Las paredes estaban tapizadas de raso y terciopelo blanco y adornadas con guirnaldas de rosas blancas, y las losas del

suelo quedaron cubiertas de césped recién cortado con margaritas blancas, tan rozagantes, que parecía que acababan de nacer en él.

El chico del panadero repartió debidamente las invitaciones. En ellas estaba escrito con tinta azul corriente:

„Panaderías Reales.

1 pan 3.

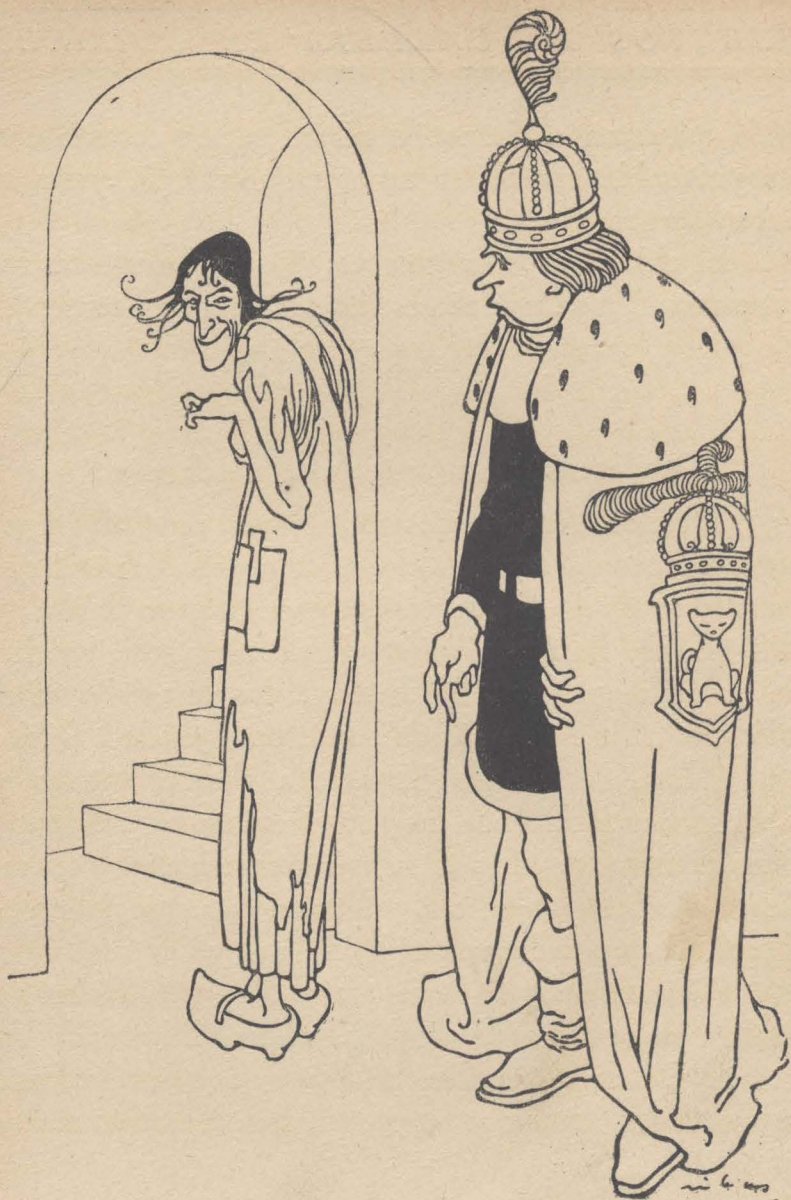
Agradeceremos la puntualidad en el pago.“

Y cuando los invitados acercaban el papel al fuego, como el chico del panadero les recomendaba en voz baja, leían en letras de un color pardo y casi imperceptible:

„El rey Basilio y la reina Elisa os invitan al bautizo de su hija la princesa Basilisa, que ha de celebrarse el miércoles a las 3 de la tarde en las bodegas de Palacio.

„Nota. Nos vemos obligados a guardar secreto y precauciones a causa de las hadas malas; servíos, pues, venir disfrazados como si fueseis comerciantes que vienesen a cobrar una cuenta, y llamad con energía, como si supieseis que no iban a pagárosla.“

Por esto comprenderéis que el Rey y la Reina no estaban en posición desahogada, como hubiera sido de desear. De modo que el hecho de ver que un comerciante se dirigía a Palacio con tal pretensión, era la cosa menos



apropósito para despertar sospecha en los transeuntes. Pero como la mayor parte de los súbditos del Rey tampoco estaban muy bien de fondos, aquéllo no constituía sino un lazo más entre el Rey y su pueblo, que les hacía simpatizar mutuamente y entenderse de una manera que no está al alcance de los más de los Reyes en las más de las naciones.

Ya podréis imaginaros el jaleo que se armó entre las familias de la gente que había sido invitada al bautizo y el cuidado que pusieron en la elección de trajes.

El Presidente del Tribunal Supremo se disfrazó de zapatero remendón; el Capitán general, de lacero; el Presidente del Consejo de Ministros se vistió de sastre, para lo cual no necesitó cambiar de traje, sino de expresión, y no mucho; y los demás cortesanos no tuvieron dificultad alguna para disfrazarse perfectamente. Tampoco la tuvieron las hadas buenas, a quienes, como es natural, se había invitado en primer término. Benévola, reina de las hadas, se disfrazó de rayo de luna, que puede entrar en Palacio sin que nadie le diga una palabra. Serena, la de categoría inmediata, se vistió de mariposa, y todas las demás hadas se pusieron disfraces igualmente lindos y de buen gusto.

La Reina parecía más amable y hermosa; el Rey, arrogantísimo y varonil, y todos los invitados convi-

nieron en que la Princesa recién nacida era la criatura más bonita que habían visto desde que tenían uso de razón.

Cada cual llevó consigo los más encantadores regalos para la niña, ocultos bajo sus disfraces. Las hadas hicieron los habituales dones de belleza, gracia, inteligencia, simpatía, etcétera, etc.

Todo iba saliendo perfectamente; pero ya comprenderéis que las cosas no podían quedar así. El gran Almirante de la Armada no había podido encontrar un traje de cocinero suficientemente grande para cubrir del todo su uniforme, y se le veía la punta de una charretera. Y aconteció que Malévola, la más importante de las hadas malas, lo había atisbado al pasar por la puerta trasera del palacio, cerca de la cual estaba sentada ella, vestida de perro-sin-bozal-que-se-oculta-de-la-policía, dándose el gustazo de imaginarse cuál sería el apuro de la Casa Real cuando tenía que habérselas con tantos acreedores.

A punto estuvo Malévola de salirse fuera de su piel de perro, cuando vio brillar la charretera del Almirante.

—¿Qué es ésto?—dijo con voz ronca como el ladrido de un can—. Vamos a ver lo que pasa—. Y disfrazándose de sapo, se metió dentro de la cañería por la cual se limpiaba el tonel grande de las bodegas de Palacio.

El susodicho tonel había constituido para los decoradores una grave dificultad y un verdadero triunfo. Cuando en vuestra casa tenéis algo que no os gusta, soléis elegir entre taparlo o arreglarlo para que sirva de adorno. Y como era imposible tapar el enorme tonel, decidieron convertirlo en ornamento, cubriéndolo de musgo verde y plantando en él un árbol, un manzano chiquito y en flor. Todos lo habían admirado mucho.

Malévola, cambiando apresuradamente de disfraz, se convirtió en topo, abrióse camino a través de la tierra que llenaba el tonel, llegó a lo alto y asomó su hocico afilado en el momento mismo en que Benévola decía con su voccita suave, que Malévola había encontrado siempre tan afectada:

—La Princesa amará y será amada durante toda su vida.

—Así será —confirmó el hada mala, recobrando su propia figura, entre las exclamaciones de la concurrencia. —¡Callaos, cuco ridículo—, añadió dirigiéndose al primer chambelán, cuyos gritos eran verdaderamente desgarradores— u os hago también un regalo para que os acordéis del bautizo!

Todos guardaron instantáneamente un silencio mortal; sólo la reina Elisa, que había tomado en sus bra-

zos a la niña cuando Malévola pronunció sus primeras palabras, dijo con voz débil:

—No, querida Malévola.

Y el Rey añadió—: Esto no es lo que se llama un bautizo, ya lo veis; no hay ceremonia ninguna, sólo unos cuantos amigos de confianza . . .

—Y lo veo—exclamó Malévola, riéndose con esa terrible risa suya que quita las ganas de volverse a reir en su vida a todo el que la oye. Pues yo también he caído por aquí; dejadme echar una mirada a la criatura.

La pobre Reina no se atrevió a negarse a tal deseo. Acercóse vacilante al Hada, con la niña en los brazos.

—¡Hum!—dijo Malévola—. Vuestra preciosa hija. tendrá la belleza, la gracia y todas esas chucherías que aquellas hadas de tres al cuarto han querido darle. Pero será arrojada de su reino. Tendrá que hacer frente a sus enemigos, sin que haya a su lado más que una persona, y no recuperará lo que es suyo hasta que encuentre . . .

—Malévola titubeaba, no podía dar con algo que fuese desagradable de veras—. Hasta que encuentre . . .—repetía.

—Cien lanzas que la sigan al combate—gritó una voz nueva—. Cien lanzas consagradas a ella y a nadie más.

Un hada muy joven se desprendió del manzano chiquito, en donde había estado oculta entre las florecitas sonrosadas y blancas.

—Muy joven soy, ya lo sé—exclamó en tono de excusa—, y apenas he acabado el último curso de Historia de las Hadas; pero me parece que si un hada se detiene más de medio segundo en una maldición, ésta no puede prosperar y alguien ha de completarla en su nombre. ¿No es así, Majestad?—terminó dirigiéndose a Benévola. Y la reina de las hadas dijo que sí, que tal era la ley, sólo que era ya tan antigua que a casi todo el mundo se le había olvidado.

—Muy lista pareces—dijo Malévola—, pero en realidad no eres más que una simple; si no puede tener más que una persona a su lado, cuantos la acompañen morirán en la batalla, y ella perderá su reino y yo tendré que asistir a sus funerales. ¡Será una cosa atroz!—añadió frotándose las manos a tan gratos pensamientos.

—Si habéis terminado ya—le dijo el Rey cortésmente—, como no querréis tomar un refresco, ¿me permitís que os despida?—y él mismo le abrió la puerta, por la cual Malévola salió riéndose con su risita falsa. Entonces todos los concurrentes se echaron a llorar.

—No importa—dijo por último el Rey secándose los ojos con la cola de su manto de armiño—; falta todavía mucho tiempo y quizá no suceda nada . . .

¡Vaya si sucedió!

El Rey hizo cuanto estuvo de su parte para preparar a su hija a afrontar la lucha en que había de verse sola contra sus enemigos. Le enseñó esgrima, equitación, tiro de ballesta y de arco, no menos que de pistola, de rifle y de artillería. Aprendió ella a bucear y a nadar, a correr y a saltar, boxeo y jiu-jitsú, de modo que fué creciendo y poniéndose tan fuerte y saludable que no había, entre todos los príncipes de su edad, uno capaz de competir con ella en lucha. Pero los contados príncipes que acudían a Palacio no iban a reñir con la Princesa, y en cuanto se enteraban de que no tenía más dote que los donativos de las hadas y que además andaba por medio el de Malévola, todos decían que no habían hecho más que acercarse al pasar por allí y que se iban sin más. Y así ocurría.

Entonces acaeció el terrible suceso. Los mercaderes que se habían pasado años y años llamando a la puerta de Palacio con sus facturas, decidieron que todo aquéllo fuese a parar a otras manos y acudieron a un Rey de las



cercanías, quien entró con sus tropas en el país de Basilio, sublevó al ejército—a los soldados no se les pagaba desde hacía muchos años—, y echó al Rey a la Reina. Pagó las cuentas de los mercaderes, dejó la mayor parte de las paredes de Palacio empapeladas con los recibos y se encargó del gobierno de la casa.

Cuando ésto ocurría, la Princesa no estaba allí; había ido a visitar a una tía suya, emperatriz de Oricalkia, tan lejos que para llegar allí había que correr medio mundo; no existía correo regular entre ambos países, de modo que cuando volvió a su casa, viajando con una caravana de cincuenta y cuatro camellos, que no andaban muy de prisa, al llegar a su reino esperaba encontrar colgaduras, banderas, repique de campanas y calles cubiertas de rosas para recibirla.

Nada de eso encontró; las calles estaban desanimadísimas, las tiendas cerradas, porque era día festivo, y ni una sola persona conocida pudo ver en toda la ciudad.

Dejó fuera de puertas los cincuenta y cuatro camellos cargados con los regalos que su tía le había hecho, y se fué sola a Palacio, montada en su camello favorito, sospechando que quizá su padre no habría recibido la carta que ella le había expedido por medio de una paloma mensajera el día anterior.

Pero cuando llegó al Palacio y se apeó del camello y entró, vió en el trono de su padre a un Rey extranjero y a una Reina extranjera a su lado, en el puesto de su madre.

—¿Dónde está mi padre?—preguntó la Princesa, fría como el hielo, deteniéndose ante las gradas del trono—. Y ¿qué hacéis vosotros aquí?

—Eso es lo que yo pregunto—dijo el Rey—¿quién sois vos?

—Soy la princesa Basilisa.

—¡Ah!, ya me han hablado de vos—dijo el Rey—; os hemos esperado durante mucho tiempo. Vuestro padre ha sido desahuciado, como veis, y no puedo daros sus señas.

En aquel momento alguien cuchicheó al oído de la Reina que cincuenta y cuatro camellos cargados de sedas, terciopelos, monos, cotorras, y los más ricos tesoros de Oricalkia, se hallaban a las puertas de la ciudad. Juntó las manos con asombro y habló en voz baja al Rey, el cual hizo un signo afirmativo con la cabeza y exclamó:

—Voy a hacer una nueva ley.

Todos se echaron de cara al suelo. En aquel país la ley era muy respetada.

—A nadie que se llame Basilisa se le permite tener propiedades en este reino—proclamó el rey—. Echad de aquí a esta extranjera.

Así echaron a la Princesa del Palacio de sus padres, del que salió llorando a los jardines en que tan dichosa había sido cuando niña.

Y sucedió que el chico del panadero, que a la sazón era ya muchacho de la panadería, vino con el pan de la casa y vió que alguien lloraba entre las adelfas—. Consoláos—dijo a la que lloraba; y se encontró con que era la Princesa, a quien al punto reconoció.

—Alegráos —dijo—; las cosas no son tan malas como parecen.

—¡Ah, panaderito! —dijo ella, reconociéndole también—, ¿cómo he de alegrarme? Ya ves que me echan de mi reino. No me han querido dar las señas de mi padre, y he de hacer frente a mis enemigos sin tener junto a mí más que un solo ser humano.

—Eso no ha de ser verdad de ningún modo—afirmó el chico del panadero que se llamaba Erináceo—. Aquí me tenéis. Si queréis tomarme por escudero, os seguiré a donde quiera que vayáis y os ayudaré a pelear con vuestros enemigos.



—No te dejarán — contestó la Princesa tristemente —; pero, de todas maneras, te lo agradezco mucho. Y secándose los ojos, se puso en pie.

—Me voy — dijo —, aunque no sé a dónde ir.

Y sucedió que en cuanto la Princesa hubo salido del Palacio la Reina dijo —: Mejor hubiera sido mandarle cortar la cabeza por traición—. Y el Rey replicó —: Voy a decir a los arqueros que disparen contra ella cuando salga del territorio—. Por esta razón, cuando se puso en pie en el bosquecillo de adelfas, alguien gritó en la terraza —: ¡Allí está! —, e instantáneamente una lluvia de flechas voló por encima del jardín. Al oír el grito Erináceo se puso delante de ella, y la cogió en brazos, volviendo la espalda a los arqueros del Rey, que eran mil, todos ellos excelentes tiradores. El pobre panadero sintió que mil flechas se clavaban en su espalda.

—¡Ay, que han muerto a mi último amigo! — gritó la Princesa. Pero como era una Princesa muy forzuda le llevó detrás de unos arbustos que le ocultaban a la vista de los de Palacio y le condujo después al bosque, donde se puso a llamar a gritos a Benévola, reina de las hadas; y Benévola se presentó:

—¡Han matado a mi único amigo! — dijo la Princesa —; al último! . . . ¿No podré arrancar las flechas?

—Si lo haces—contestó el hada—morirá ciertamente desangrado.

—Y si las dejo, morirá lo mismo—objetó la Princesa.

—No es necesario —dijo el hada—. Voy a cortarlas un poco—. Hízolo así con su navajita encantada—. Ahora—añadió—voy a hacer lo que esté en mi mano, pero temo que a ninguno de los dos os satisfaga. Erináceo —prosiguió dirigiéndose al chico del panadero, desvanecido entre las astas de las flechas, amontonadas aún a su lado—: te ordeno que en cuanto yo me desvanezca tomes la figura de un erizo. El erizo—dijo a la Princesa por vía de explicación—es el único ser que puede vivir cómodamente con mil pinchos clavados en la espalda. Ya sé que también hay puercoespines, pero los puercoespines son gente viciosa y grosera. ¡Adiós!

Y así diciendo se desvaneció. También se desvaneció Erináceo, y la Princesa se encontró sola en el bosquecillo de adelfas, sobre cuyo oscuro suelo se agitaba un pequeño erizo terroso y todo lleno de púas.

—¡Ay, desgraciada!—exclamó la Princesa—. Otra vez estoy sola en el mundo; el chico del panadero ha dado su vida por la mía, que no vale la pena de ser vivida.

—No hay nada en el mundo que valga tanto la pena—interrumpió una vocecilla débil que sonaba a sus pies.

—Pero ¿puedes hablar? —dijo ella casi alegrándose.

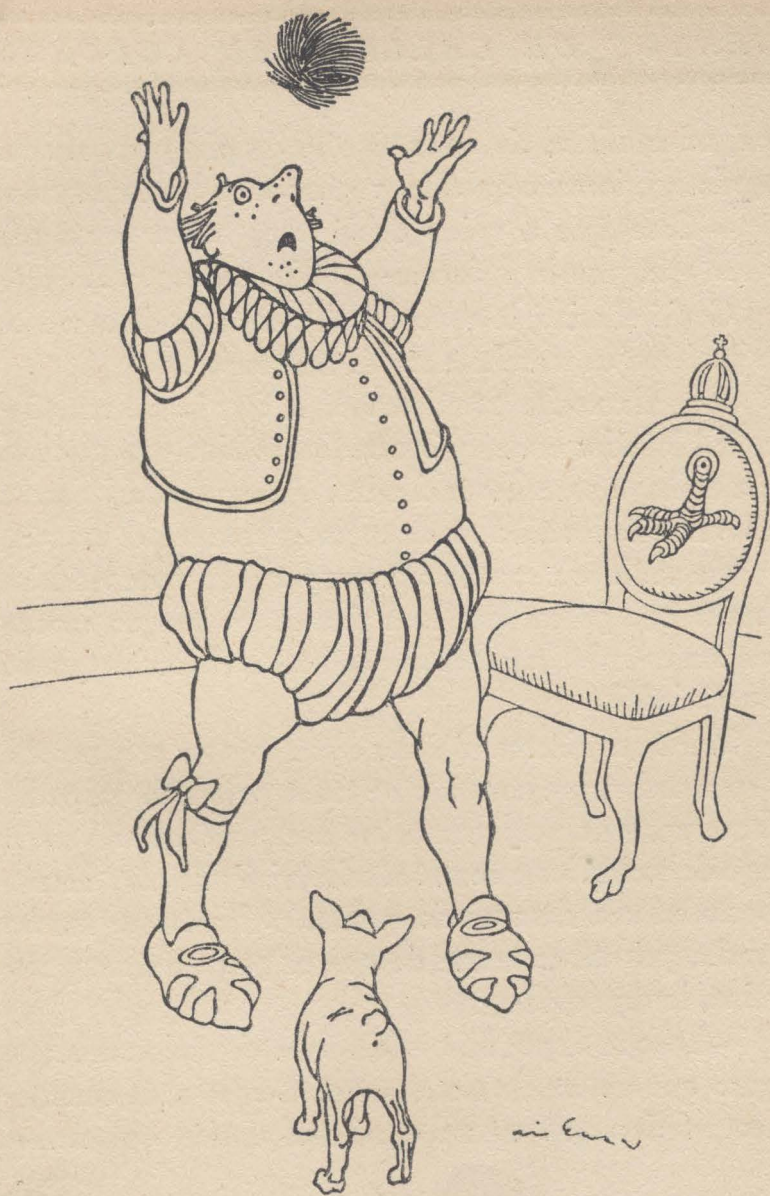
—¿Por qué no?—contestó el erizo en tono resuelto—. La forma del erizo es lo único que de él he tomado. Por dentro, Erináceo soy, como antes lo era; cogedme y ponedme en una punta de vuestro manto para que no os pinchéis las manecitas.

—Oye, tú, no me eches piropos—dijo la Princesa—; ni a un erizo le están permitidas ciertas libertades.

—Lo siento, Princesa—contestó el erizo—, pero no lo puedo evitar. Sólo dicen mentira los seres humanos; las demás criaturas dicen verdad. Ahora que yo tengo lengua de erizo, no puedo decir más que la verdad. Y la verdad es que os amo más que al mundo entero.

—Bueno—dijo la Princesa pensativa—, puesto que eres un erizo, voy a suponer que puedes quererme y yo también te querré como a un perrito o como a un pececito de oro. ¡Pobre ericito mío!

—No—dijo el erizo—, acordáos de que soy el chico del panadero; muchacho por mi entendimiento y por mi



alma, mi cualidad de erizo es sólo de piel para afuera. Cogedme, princesita querida, y vámonos a buscar fortuna.

—Creo que a quien debiéramos buscar es a mis padres—propuso la Princesa—. Sin embargo . . .

Cogió el erizo, lo envolvió en una punta de su manto y se pusieron en marcha a través del bosque.

Aquella noche durmieron en la cabaña de un leñador. El leñador era muy bondadoso e hizo una preciosa cajita de haya para llevar el erizo. Aseguró a la Princesa que los más de los súbditos de su padre eran leales todavía, pero que nadie se atrevería a pelear por él, porque tendrían entonces que pelear por la Princesa, y aunque mucho deseaban hacerlo, la maldición de Malévola les aseguraba que sería inútil.

Metió la princesa al erizo en su cajita y se puso otra vez en marcha, preguntando en todas partes por su padre y su madre, y después de muchas aventuras, que no tengo tiempo de contar, los encontró al cabo, viviendo muy humildemente en una descarriada quinta. Alegráronse mucho de verla, pero al enterarse de que se proponía recuperar el reino, le dijo el Rey:

—Lo que es yo, hija mía, no he de molestarte; te aseguro que no he de molestarte. Somos aquí completamente felices. A mí me queda la pensión que corres-

ponde a los monarcas destronados, y tu madre se ha hecho una verdadera mujer de su casa.

Ruborizóse de gusto la Reina, y dijo—: Gracias, marido; pero si consigue Basilisa echar a ese malhadado usurpador, segura estoy de que seré una reina mucho mejor que antes lo he sido. He asistido a las clases nocturnas de una Escuela del hogar y domino ya perfectamente la Economía doméstica.

Besó la Princesa a sus padres y salió al jardín para pensar en todo aquéllo. Pero el jardín era muy chico, y estaba lleno de ropa tendida. En vista de ello, salió al camino, pero el camino estaba lleno de polvo que levantaban los transeuntes. Preferible, era, pues, la ropa tendida, por lo cual volvió al jardín y se sentó sobre la hierba en una avenida blanca de manteles y servilletas. Entonces sacó al erizo de la cajita. Estaba hecho una bola, pero ella le tocó en el trocito de frente lisa que siempre encontraréis si observáis con cuidado a un erizo que esté hecho una bola, y el erizo se estiró y dijo:

—Debo de haberme quedado dormido, Princesa. ¿Me necesitáis?

—Eres la única persona que lo sabe todo acerca de todas las cosas—contestó ella—. Nada he dicho a mi

padre y a mi madre de lo de las flechas. ¿Te parece que he hecho bien?

Erináceo se sintió halagado al ver que pedían su opinión, mas por desgracia no tenía opinión ninguna que dar.

—Eso es cosa vuestra, Princesa—contestó—; yo no he prometido más que hacer todo lo que pueda hacer un erizo. No es gran cosa. Desde luego puedo morir por vos, pero me parece que sería inútil.

—En absoluto—afirmó ella.

—Me gustaría ser invisible—dijo él quedándose pensativo.

—¡Ay!, ¿dónde estás?—exclamó Basalisa, viendo que el erizo se había disipado.

—Aquí—contestó una vocecita aguda—. No podéis verme, pero yo puedo ver todo lo que quiera, y ahora ya me doy cuenta de lo que se ha de hacer. Voy a meterme en la caja, mientras vos os disfrazáis de vieja ama de llaves francesa, con excelentes informes, y contestáis al anuncio que ese maldito Rey hizo insertar ayer en el "Diario del Usurpador".

La Reina ayudó a la Princesa a disfrazarse, cosa que nunca hiciera si hubiese llegado a saber lo de las flechas; y el Rey dió a su hija algún dinero procedente de su

pensión, para que tomase billete y volviese con presteza en el tren a su propio reino.

El Rey usurpador admitió en seguida al ama de llaves francesa para que enseñase a su cocinero a leer libros franceses de cocina, ya que las mejores recetas están en francés. Claro que no se le pasaba por las mientes que pudiera ser la Princesa, oculta bajo un disfraz de ama de llaves. Las lecciones de francés tenían lugar por la mañana de 6 a 8 y por la tarde de 2 a 4; el ama de llaves podía disponer a su antojo del tiempo restante. Lo empleaba paseando por los jardines de Palacio, y hablando con su invisible erizo. Trataban de todas las cosas del mundo y sus alrededores, y el erizo era el mejor compañero imaginable.

—¿Cómo te hiciste invisible?—preguntó ella un día; y él contestó.

—Me figuro que debió de ser por obra de Benévola; yo sólo sé que cada cual logra sus deseos si sabe desear con fuerza bastante.

Pasados cincuenta y cinco días, exclamó el erizo:

—Ahora, querida Princesa, voy a empezar a trabajar para que recobréis vuestro reino.

Al día siguiente el Rey bajó a almorzar todo enfurecido y con la cara cubierta de vendas.

—Este palacio está embrujado—dijo—; durante la noche, una espantosa pelota llena de púas ha botado sobre mi rostro. Encendí un fósforo y no vi nada.

—¡Qué tontería!—contestó la Reina—. Habrá sido en sueños.

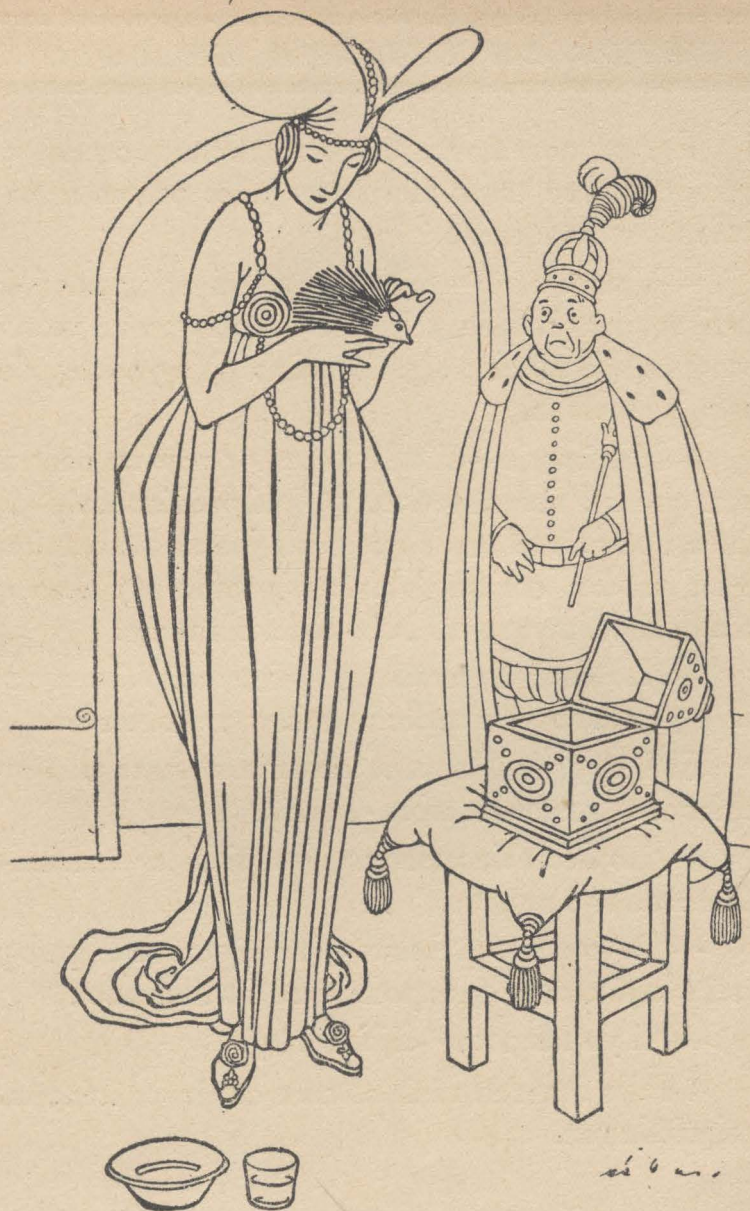
Pero a la mañana siguiente ella fué la que bajó con toda la cara vendada. Y a la otra noche, otra vez se puso a botar sobre la cara del Rey la pelota llena de púas. Y luego otra vez sobre la Reina. Después botó sobre los dos, hasta tal punto que no pudieron pegar los ojos y tuvieron que permanecer despiertos sin pensar en otra cosa que en su desgracia. Y a cada cinco minutos cuchicheaba una vocecita:

—¿Quién usurpó el reino? ¿Quién mató a la Princesa?—hasta que el Rey y la Reina empezaron a lamentarse lastimosamente.

Por último la Reina dijo—: Lo cierto es, que no debíamos haber matado a la Princesa—: Y el Rey añadió—: Eso mismo pensaba yo.

Al otro día dijo el Rey—: No sé en qué estábamos pensando cuando nos quedamos en este reino. ¡Si teníamos un reino de primera clase que era nuestro sólo!

—Eso mismo pensaba yo—dijo la Reina.



Por entonces sus manos y sus brazos, sus cuellos, cara y oídos estaban todos lacerados, y los pobres reyes no podían tenerse de sueño.

—Vamos a ver—dijo el Rey—si arreglamos ésto. Escribamos a Basilio y digámosle que puede volver a encargarse de su reino cuando quiera. Yo ya estoy de él hasta la coronilla.

—Hagámoslo—dijo la Reina—; pero no podremos hacer que la Princesa reviva. ¡Ojalá pudiésemos!—Y se echó a llorar de tal modo que las lágrimas caían, a través de las vendas, encima del huevo pasado por agua que tenía delante, porque era la hora del almuerzo.

—¿Lo decís sinceramente?—interrumpió una vocecilla aguda, aunque a nadie se veía en la habitación.

El Rey y la Reina se abrazaron llenos de terror, derribando la huevera sobre el pan tostado.

—¿Lo decís sinceramente?—repitió la vocecilla—. ¡Contestad sí o no!

—Si—contestó la Reina—; no sé quién eres, pero ¡sí, sí, sí! No sé cómo hemos podido ser tan malvados.

—Ni yo tampoco—dijo el Rey.

—Pues mandad venir al ama de llaves francesa—prosiguió la voz.



—Llama a la campanilla, hijo mío—dijo la Reina—. Segura estoy de que cuanto dice es cierto. Debe de ser la voz de la conciencia. Muchas veces he oído hablar de ella, pero nunca la había oído hablar a ella misma.

El Rey tiró del cordón de la campanilla, todo lleno de riquísimas piedras preciosas, y diez magníficos lacayos vestidos de verde y oro aparecieron inmediatamente.

—Haced el favor de decir a Mademoiselle que suba—dijo la Reina.

Los diez magníficos lacayos vestidos de verde y de oro encontraron al ama de llaves junto al pilón de mármol, dando de comer a los peces, e inclinando sus diez espaldas verdes, le dieron el mensaje de la Reina. El ama de llaves, que, en opinión de todo el mundo, era siempre amabilísima, acudió sin perder momento al cuartito de raso escarlata en que el Rey y la Reina solían sentarse para almorzar; casi era imposible reconocerlos: tantas eran las vendas que llevaban.

—¿Qué ordenan Sus Majestades?—preguntó la supuesta francesa haciendo una reverencia.

—La voz de la conciencia—dijo la Reina—nos ha dicho que os mandemos a buscar. ¿Hay en los libros franceses alguna receta para resucitar princesas? Si la hay haga el favor de traducímosla.

—Una conozco—dijo la Princesa algo pensativa—, y es muy sencilla. Tómese un Rey, una Reina y la voz de la conciencia; pónganse en un cuarto escarlata para almorzar huevos, café y pan tostado; añádase un ama de llaves francesa de tamaño natural. El Rey y la Reina deben estar enteramente llenos de pinchazos y cubiertos de vendas, con lo cual la voz de la conciencia se dejará oír claramente.

—¿Nada más?—preguntó la Reina.

—Nada más—contestó el ama de llaves—, salvo que el Rey y la Reina han de tener otras dos vendas que les cubran los ojos, sin quitárselas hasta que la voz de la conciencia haya contado cincuenta y cinco, yendo muy despacio.

—¡Si tuvierais la bondad—suplicó la Reina—de vendarnos con estas servilletitas . . . ¡Únicamente os ruego que tengáis cuidado al atarlas, por que tenemos la cara llena de heridas y la cifra real bordada de encargo en perlas de aljófar es muy dura y podría lastimarnos.

—Lo haré con todo cuidado—contestó amabilísima el ama de llaves.

En cuanto el Rey y la Reina tuvieron los ojos vendados, la "Voz de la conciencia" empezó a contar: uno, dos, tres . . ., y Basilisa se quitó el disfraz, porque bajo el severo traje de alpaca con pintas azules y moradas de ama

de llaves francesa llevaba el sencillísimo traje tejido con hilo de plata de cuando era Princesa. Metió la alpaca en la chimenea, la peluca gris en la tetera, y escondió los mitones en la cafetera y las botas de elásticos en el depósito de carbón, terminando en el momento mismo en que la "Voz de la conciencia" decía:

—Cincuenta y tres, cincuenta y cuatro, cincuenta y cinco . . .—y se paraba.

El Rey y la Reina se quitaron las vendas, y allí, tan buena y tan sana, con los claros ojos brillantes, las mejillas sonrosadas y sonriente la boca, vieron a la Princesa, á quien creían haber dado muerte con las mil flechas de sus mil arqueros.

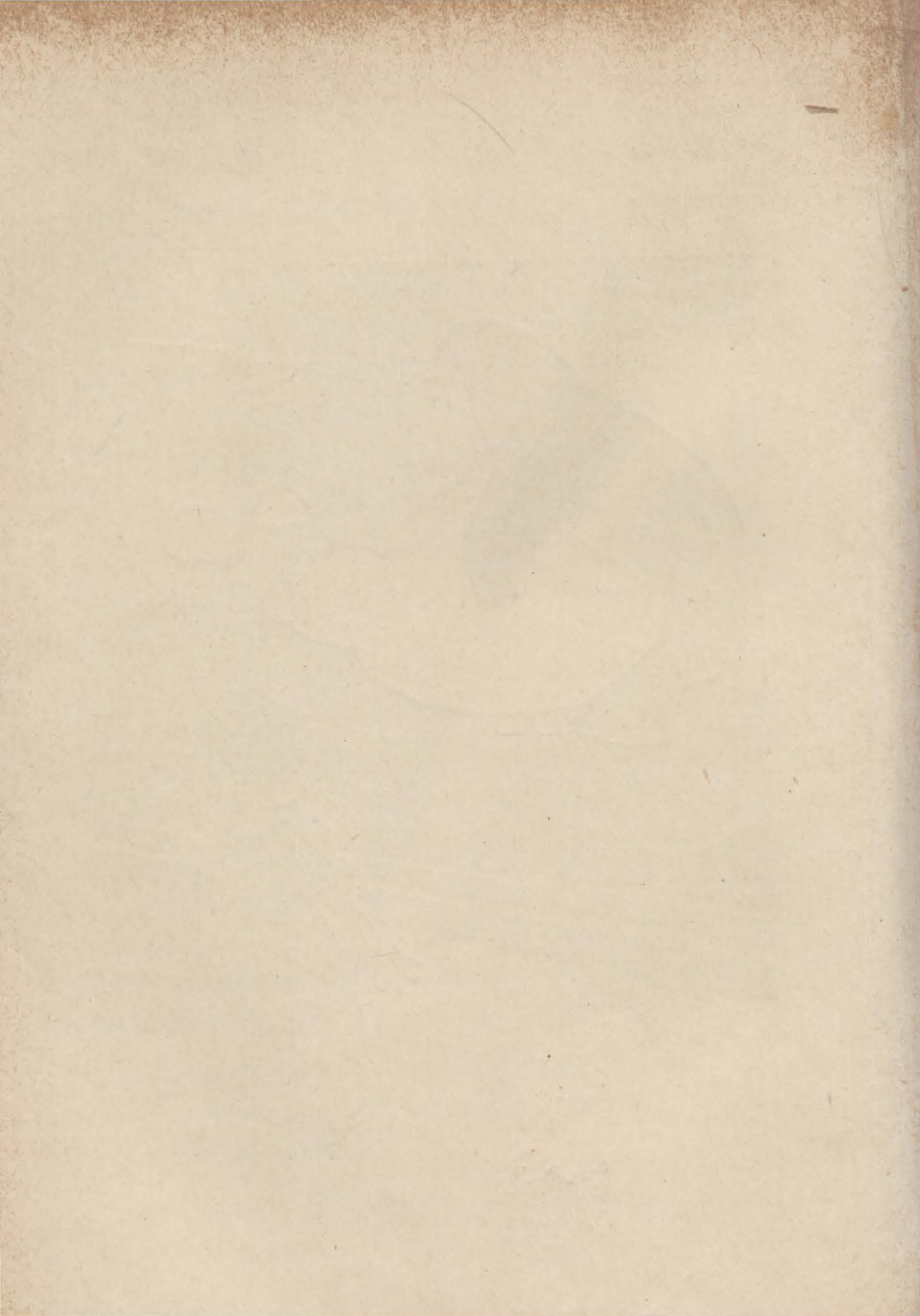
Antes de que tuviesen tiempo de decir una palabra, la Princesa exclamó:

—Buenos días, Majestades. Siento que hayáis tenido malos sueños. Yo también los tuve. Tratemos de olvidarlos. Espero que os quedaréis algún tiempo en mi Palacio. Bienvenidos seáis en él. Lástima que tengáis tantas heridas.

—Las merecemos—dijo la Reina—, y tenemos que deciros que hemos oído la voz de la conciencia, y os rogamos que nos perdonéis.



in 6 m.



—Ni una palabra más—dijo la Princesa—; permítme que tome un poco de té, recién hecho. Y unos huevos también: éstos están fríos y la huevera se ha volcado. Tendremos que mandar hacer otro almuerzo. Siento mucho que tengáis la cara tan estropeada.

—Si los besáis—dijo la voz que el Rey y la Reina llamaban de la conciencia—, sus caras dejarán de estar estropeadas.

—¿Permitís?—preguntó Basilisa, y besó al Rey en la oreja y a la Reina en la nariz, únicas partes que sobresalían entre tanta venda. E instantáneamente los dos se sintieron curados.

El almuerzo fué delicioso; después el Rey mandó que la Corte se reuniera en le salón del trono, y, una vez allí, anunció que habiendo venido la Princesa a reclamar su reino, ellos se volvían al suyo el jueves, en el tren de las 3 y 17.

Todos empezaron a dar vivas como si estuviesen locos y la ciudad entera se engalanó e iluminó aquella noche; todas las casas tenían colgaduras, las campanas todas repicaban, tal como la Princesa se había imaginado que iba a ocurrir cuando volviera de su viaje con los cincuenta y cinco camellos. Se le devolvieron también todos los tesoros que había traído y hasta los mismos camellos.

El Rey usurpador y la Reina, despedidos en la estación por la Princesa, se separaron de ella con verdadero sentimiento; ya veis que no eran del todo malos de corazón, pero no habían tenido ocasión aún de advertirlo y la voz de la conciencia fué quien les hizo reparar en ello.

Entregaron a la Princesa todas las facturas provistas de recibí que empapelaban la mayor parte de las paredes de Palacio, en pago de su estancia en él. Cuando se fueron, la Princesa expidió este telegrama:

"Sr. D. Basilio Rey,
En el destierro.

Servíos venir en seguida. Palacio vacante, inquietos dejáronlo.

Basilisa".

Legaron inmediatamente. A su llegada la Princesa les contó toda la historia y ellos la besaron, colmándola de elogios y llamándola libertadora suya y salvadora de su país.

—Yo no he hecho nada—dijo ella—; ha sido Erináceo quien lo ha hecho todo y . . .

—Pero las hadas dijeron—interrumpió el Rey, que nunca encontraba ocasión de mostrarse inteligente—que

no recuperarías el reino mientras no tuvieses cien lanzas consagradas a tí y sólo a tí.

—Cien lanzas tengo en mi espalda—dijo entonces una aguda vocecilla—, y todas ellas están consagradas a la Princesa y a nadie más.

—¡Silencio!—exclamó el Rey irritado—. Esa voz que sale de la nada me pone nervioso.

—Tampoco yo me puedo acostumbrar a ella—dijo la Reina—. Mandaremos construir una jaula de oro para el animalito, pero si supieráis cuánto desearía yo que fuese visible . . .

—Yo también—dijo la Princesa con toda seriedad.

E instantáneamente así fué. Supongo que la Princesa lo desearía con mucha fuerza, porque allí estaba el erizo con su largo cuerpo espinoso, su carita puntiaguda, sus ojillos muy grandes, sus orejitas redondas y su fina naricita arregada.

Miró a la Princesa, pero nada dijo.

—Dí algo ahora—exclamó la reina Elisa—. Me gustaría ver hablar a un erizo.

—Lo cierto es que si hablo tengo que decir la verdad —insinuó Erináceo. La Princesa ha reunido todos sus deseos para hacerme visible. ¡Ojalá los hubiese empleado en algo más agradable para ella misma!

—¿Eran aquéllos todos mis deseos?—exclamó la Princesa—. No lo sabía, erizo de mi alma, no lo sabía. Si lo hubiera sabido habría deseado que recuperaseis vuestra propia forma.

—Si lo hubierais hecho—replicó el erizo—, hubiera sido la forma de un hombre muerto. Recordad que tengo mil flechas clavadas en la espalda y que no hay hombre que pueda vivir de tal modo.

La Princesa rompió a llorar.

—Pero no podéis seguir siendo un erizo toda la vida—exclamó—. Eso no está bien; yo no lo puedo sufrir. ¡Oh, mamá! ¡Oh, papá! ¡Oh, Benévola!

Y allí veríais a Benévola como una figurilla resplandeciente, con alas de marioposa azul y una corona de rayos de luna.

—¿Qué pasa?—preguntó—. ¿Qué pasa?

—Mirad—exclamó la Princesa sin dejar de llorar—, he expresado todos los deseos de mi vida y sigue siendo un erizo! ¿No podéis hacer algo?

—Yo no puedo—dijo el hada—, pero tú sí. Tus besos son besos encantados—. ¿No te acuerdas de cómo curaste al Rey y a la Reina todas las heridas que les causó el erizo botando y rebotando sobre sus caras durante varias noches?

—Pero no puede besar a un erizo—interrumpió la Reina—; sería muy inconveniente y además podría lastimarse.

El erizo alargó su carita puntiaguda y la Princesa lo cogió con sus manos: había aprendido desde mucho tiempo atrás a hacerlo sin lastimarse ni lastimarle. Y mirando sus ojillos brillantes.

—Quisiera besarte en cada una de tus mil flechas—dijo—para que lograras lo que desees.

—Bésame una sola vez—dijo él—sobre la piel suave; éso es todo lo que deseo, y con ello me basta para vivir y morir.

Le atusó ella la piel de la cabeza y le besó en la frente, donde la piel es suave, precisamente en el lugar donde comienzan las púas.

E instantáneamente se encontró con las manos puestas en los hombros de un mancebo y con los labios en la frente de él, precisamente en el lugar donde el cabello empieza. Y a sus pies estaba esparcido un montón de astas de flecha.

Hízose ella atrás y le miró.

—Erináceo—dijo—, sois muy diferente del chico del panadero, al parecer.

—Mientras fuí erizo invisible—contestó él—, lo supe todo; ahora he perdido toda aquella sabiduría y sólo

sé dos cosas. Una que soy hijo de un Rey. Me robó siendo niño un panadero sin principios y soy en realidad el hijo del Rey usurpador, sobre cuya cara me puse a botar durante la noche; es lastimoso botar sobre la cara del padre de uno cuando se tiene el cuerpo lleno de púas; pero yo lo hice, Princesa, por vos, y lo hice también por mi padre. Y ahora voy a su lado a contárselo todo y a pedirle que me perdone.

—¿Os vais?—preguntó la Princesa—. ¡Ah, no os vayáis. ¿Qué haré yo sin mi erizo?

Erináceo permanecía ante ella con toda la gallardía de un Príncipe.

—¿Qué otra cosa recordáis de vuestra sabiduría de erizo?—preguntó la Reina llena de curiosidad. Y Erináceo contestó, no a ella sino a la Princesa:

—La otra cosa, Princesa, es que os amo.

—¿Y no hay una tercera, Erináceo?—dijo la Princesa bajando los ojos.

—Sí la hay, pero ésa vos la habéis de decir y no yo.

—¡Oh!—dijo la Princesa, un poco desconcertada—. Entonces sabéis que yo también os amo . . .

—Los erizos son animales muy sabios—dijo Erináceo—, pero yo no lo supe hasta que vos me lo dijisteis.

—¿Qué yo os lo dije?

—Cuando besasteis mi carita puntiaguda, Princesa—dijo Erináceo—, entonces lo supe.

—Pues a casarse tocan—dijo el Rey.

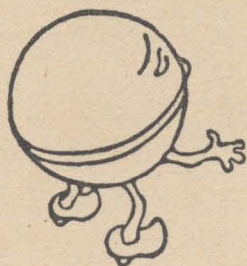
—Eso es—confirmó Benévola—, pero yo no invitaría a nadie a la boda.

—Excepto a vos, buena hada—dijo la Reina.

—Bueno; así como así, pasaba cerca de la casa . . .

No hay tiempo como el presente—exclamó Benévola en tono jovial—. ¿Por qué no mandáis que se pongan ahora mismo a tocar las campanas para la boda?





LA PELOTA SALTARINA



Cuando tenéis costumbre de pasar el verano a la orilla del mar desde pequeños, es muy duro tener que quedarse en la capital sólo porque a unos tíos vuestros se les ocurra no moverse de casa, y limitarse a ver la Exposición de pinturas y asistir a las subastas del Hotel de ventas.

Bien lo echaban de ver Angelito y Tomasita. Sus tíos no eran de esos tíos simpáticos que hay. Hubiérase tratado de tía Clara, tan hábil para vestir una muñeca y tan graciosa para contar un cuento de hadas, o de tío Reinaldo, que le lleva a uno de paseo y le da dos pesetas de una vez, sin preguntar nunca en qué se han empleado, y las cosas cambiarían. Pero se trataba de tío Tomás y de tía Ángeles.

Tía Ángeles era toda ceremonia; se sentaba siempre muy tiesa y se empeñaba en que uno se acordase de lo que le habían dicho; a Ángel le habían puesto tal nombre porque era el de ella...aproximadamente. Y por tío

Tomás se llamaba así Tomasita; era sordo, a todo le sacaba su moraleja correspondiente, y las criadas decían de él que era muy roñoso.

—Sí que lo es, por desgracia—afirmaba Tomasita.

—Señorita, quiero decir—explicaba la doncella—que es de los que a la mano cerrada la llaman puño.

—Sólo una vez en su vida me dió una peseta—dijo, gruñendo, Angelito—, y cuando fuí a tomar un refresco de zarzaparrilla la dí a cambiar y resultó falsa.

No podían los chicos hacerse cargo del motivo de que sus tíos se metieran en todo lo que estaban haciendo; y en su interior habían tomado la resolución formal de que cuando fuesen mayores no habría tío ni tía que entrase en su casa. No se les ocurría pensar, a las pobres criaturas, que un día había de llegar en que ellos a su vez fuesen tíos y tías, o por lo menos, una de las dos cosas.

Aquel año hacía mucho calor en la capital; el pavimento parecía una empanada caliente, y el asfalto un bizcocho abrasador; soplaban además un vientecillo curioso, coleccionista de polvo, de pajas y de papelotes, que luego se cansaba de hacer colección y lo repartía todo por los patios y los jardines de las casas. En el cuarto de plancha, donde solían jugar los niños, no se había vuelto a poner el transparente desde un día en que ellos lo quitaron

para que les sirviese de telón en una comedia que pensaban escribir y que por último no escribieron. El sol de la tarde entraba ardiente por las ventanas, y los chicos estaban cada vez más sofocados, y se iban irritando gradualmente, hasta que Angelín dió a Tomasita un cachete que le hizo llorar, y Tomasita pegó a su agresor una patada en la espinilla que le hizo poner el grito en el cielo.

Sentáronse después en rincones opuestos del cuarto de plancha, y estuvieron lloriqueando y poniéndose motes, diciendo que ójala no hubiesen nacido, lo cual es una tontería; pero ya recordaréis que hacía mucho calor.

Cuando se cansaron de ponerse motes, fué Tomasita la que de pronto gritó—: Bueno, Angelín, vamos a estar contentos.

—¿Contentos con el calor que hace?—dijo Ángel en tono sombrío.

—Hemos sido malos—replicó Tomasita, restregándose los ojos con el vestido de su muñeca—, pero el calor tiene la culpa. Tía Ángeles le dice a mamá muchas veces que el calor le pone los nervios como las cuerdas de un violín. Eso quiere decir que se enfada por cualquier cosa.

—Entonces no es culpa nuestra—afirmó Ángel—. Se suele decir: "Sé bueno y serás dichoso", aunque tío

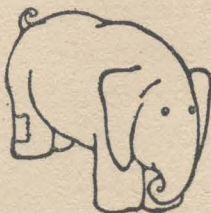
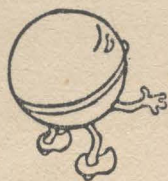
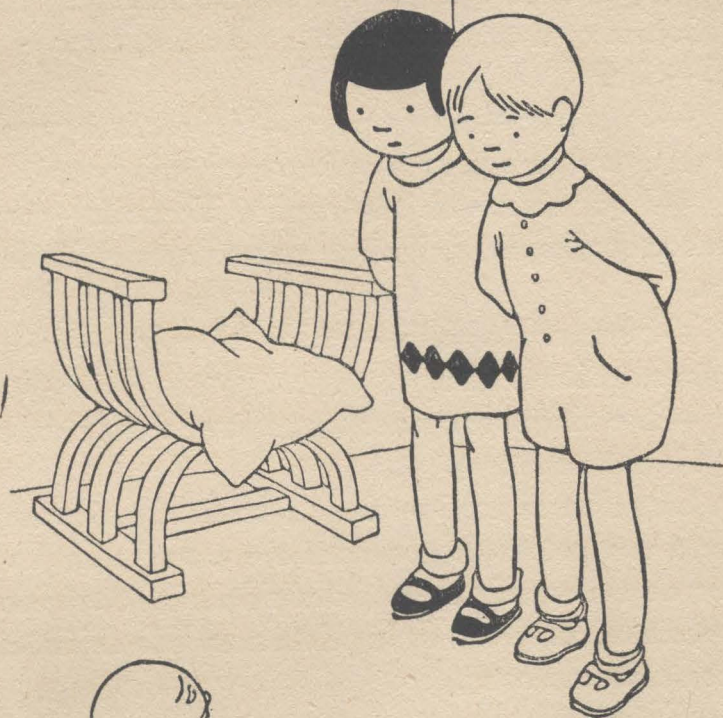
Reinaldo lo dice al revés: "Si eres dichoso, puede que seas bueno". Yo sería buenísimo si estuviese contento.

—Y yo también—añadió Tomasita.

—¿Qué necesitaríais para estar contentos?—dijo una voz fina, entrecortada, que salía del cajón de los juguetes; y al mismo tiempo cayó de él, rodando, la pelota grande de goma, verde y encarnada, que tía Clara les acababa de regalar. Apenas habían jugado con ella, porque el jardín estaba muy caluroso y lleno de sol, y cuando se habló de jugar en la calle, a la sombra, tía Ángeles dijo que los niños bien educados no juegan en la calle; y no les dejaron salir.

Fué rodando la pelota muy despacito, y la luz que brillaba en su recién pintada superficie hubiérase afirmado que les hacía guiños. Os figuraréis que les sorprendería mucho oír hablar a una pelota; nada de éso. Cuanto mayores seáis y más extrañas cosas os ocurran, veréis como la que más os asombra es la que menos os sorprende. (Quisiera saber por qué. Pensad en ésto y escribidme después lo que se os haya ocurrido).

Púsose en pie Angelito y dijo—: ¡Hola!—; pero era demasiada cortesía. La hermana contestó a la pregunta de la pelota:



ni 6 m.

—Quisiéramos vernos a la orilla del mar, sin tías y sin ninguna cosa que nos moleste; y sin tíos, como es natural—dijo.

—Pues bien—dijo la pelota—; sí estáis seguros de que vaís a ser buenos, ¿por qué no me hacéis botar?

—Aquí no nos dejan—explicó Tomasita—porque no se rompan los cacharritos que me regalaron el día de mi santo.

—Pues en la calle—indicó la pelota—. A la sombra se está muy bien.

—Los niños bien educados no juegan en la calle—dijo tristemente Ángel.

La pelota se echó a reír. Si no habéis oído nunca reírse a una pelota de goma, no me entenderéis. Es el rumor de esa especie de saltito rápido, rápido, rápido y suave, suave, suave que da la pelota cuando la dejáis, cansados de hacerla botar.

—Pues en el jardín—propuso.

—Vamos al jardín, por mi parte, si quieres—contestó amablemente el niño.

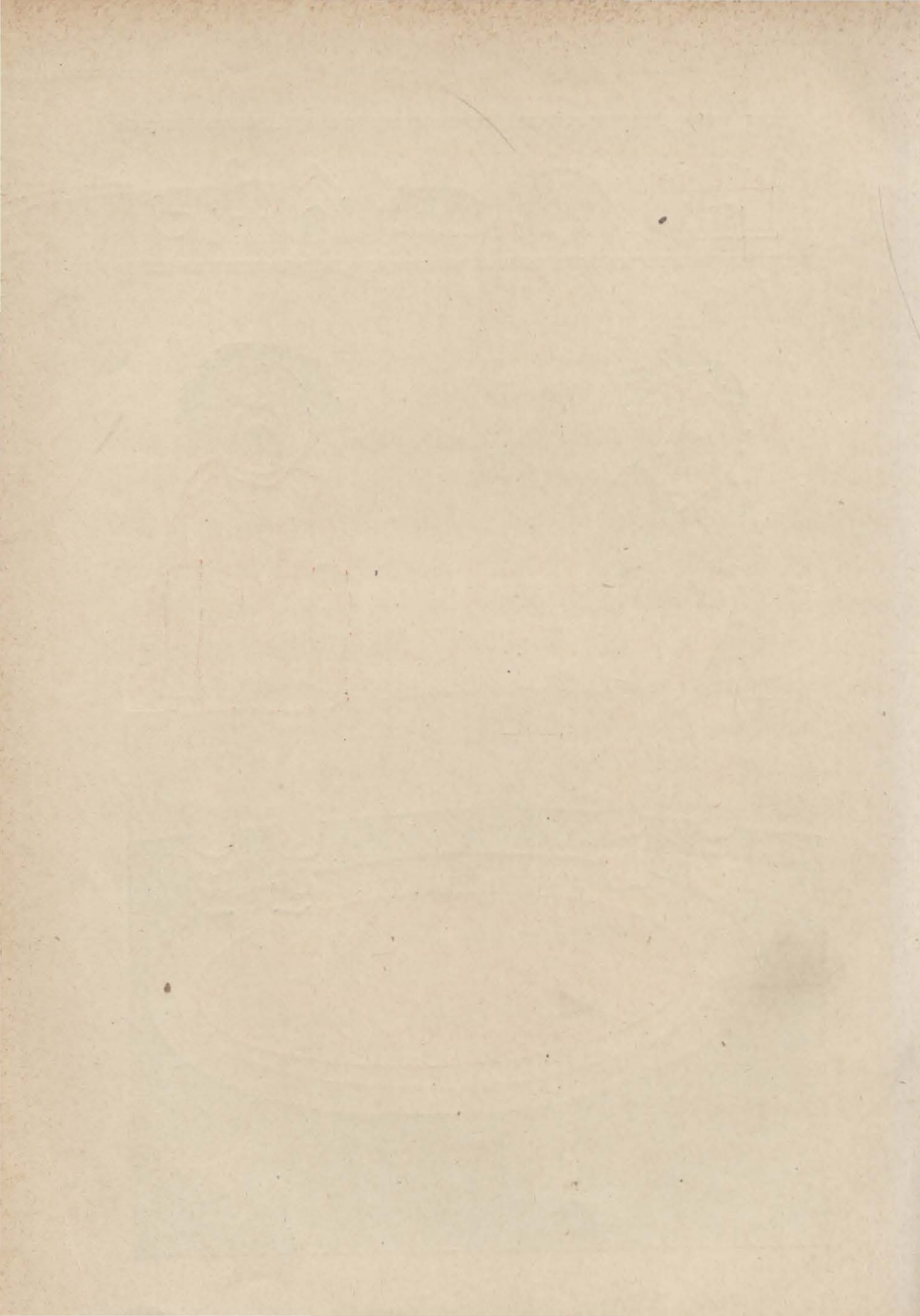
Se fueron con la pelota al jardín y la hicieron botar al sol, sobre el césped seco y amarillo.

—Venid—les dijo la pelota—, haced lo que yo hago.

—¿Qué?—preguntaron los niños.



in l m.



—Lo que yo hago: saltar. Eso es: ¡más alto, más alto, más alto!

Los niños se habían puesto a dar botes como si sus pies fuesen pelotas de caucho; no tenéis idea de la deliciosa sensación que experimentaban.

—¡Más alto, más alto!—les gritaba, saltando excitadísima, la pelota verde y encarnada—. ¡Venid detrás de mí, más alto, más alto!—Y saltó por el sendero y los niños tras ella, dando gritos de gozo por lo nuevo de la sensación. Saltaron por encima de la tapia los tres a un tiempo, y los niños volvieron la cabeza en el momento preciso en que tío Tomás, golpeando los cristales con los dedos les decía—: ¡No! . . .

No sabéis la gloria que se siente al encontrarse lleno de elasticidad; ¡eso de no arrastrar un pie detrás del otro, como cuando os sentís fatigados o aburridos, sino ir saltando, y cuando los pies tocan al suelo, volver a brincar más arriba, todo ello sin molestia ni cansancio . . .! Sin duda habréis oído hablar de aquel señor griego que cobraba fuerzas cada vez que se caía. Llamábase Anteo, y tengo para mí que no era más que una pelota de goma, verde por el lado que tocaba a la tierra y encarnada por el que miraba al sol. Pero basta ya de erudición clásica.

Tomasita y Ángel botaban en pos de la Pelota Saltarina. Saltaron cercas y tapias, jardines secos y calles ardorosas; pasaron por los lugares en que campos y huertas y casitas de ladrillo claro indican la separación que existe entre la capital y el suburbio. Cruzaron los arrabales, polvorientos y desaseados, con geranios en todos los jardines y cortinas a medio descorrer; y poco a poco, los faroles se hicieron escasos, la campiña más verde y los setos más altos: era el campo, el campo verdadero, con sendas en lugar de calles, y por las sendas, la pelota saltaba, saltaba, saltaba y los niños detrás. Tomasita, con su vestido almidonado, de cuello tan estrecho, y Angelito con el traje de marinero que a diario llevaba, un poco apretado también por los sobacos. El de los días festivos le estaba ancho. Nadie parecía reparar en ellos, pero ellos reparaban en todos los chiquillos que iban de paseo por los caminos suburbanos, y los compadecían.

—¿A dónde vamos?—preguntaron a la pelota, que les respondió con una relumbrante sonrisa verde y encarnada:

—Al lugar más delicioso del mundo.

—¿Cómo se llama?—preguntó Angelito.

—Se llama Villadondequeráis.—contestó la pelota—. Y los tres siguieron adelante. Fué un viaje mara-

villosos: arriba y abajo, a través de los sotos o por encima de las cercas, ya junto a la puerta de una alquería, ya tocando en las chimeneas, arriba y abajo, salta que te salta...

Por último llegaron al mar, y la Pelota Saltarina les dijo:

—¡Ya estáis aquí! Sed buenos, porque no hallaréis más cosas que las que hacen la felicidad de los que las tienen.

Con ésto, se echó como una pelota cualquiera a la sombra de una roca húmeda de algas marinas, y se durmió, cansada de tan largo viaje. Pararon de saltar los niños y miraron alrededor.

—¡Ay, Tomasita!—exclamó el niño.

—¡Ay, Angelito!—exclamó Tomasita.

Justo era su asombro, porque el lugar a donde la pelota les había guiado era tan hermoso como pudiera soñarlo la fantasía, y mucho más aún.

Todos los niños suelen sentir lo que sentís vosotros cuando habéis hecho un viaje muy largo y muy caluroso en un tren polvoriento; les molestan los baúles y el portamantas que se quedaron en el cruce; o si, cuando llegan a la fonda, les dicen que pueden ir a echar un vistazo a la playa con tal que estén de vuelta a la hora de tomar

el té, mientras mamá y la señorita de compañía se ponen a abrir las maletas.

Pero Tomasita y su hermano no habían hecho uno de esos viajes pesados, ni llegaban a una fonda estrecha y desagradable, ni les esperaba el té con manteca aceitosa y un tarro de mermelada sin abrir.

—¡Mira cuántas arenitas de plata!—dijo ella—. ¡Y se pierden de vista!

—¡Y rocas!—dijo él.

—¡Y acantilados!

—¡Y grutas en los acantilados!

—¡Y qué fresco hace!—observó Tomasita.

—¡Pero ésto es tan agradable y tan abrigado!...— completó Angelín.

—¡Cuántas conchas!

—¡Y ovas!

—¡Y allí detrás las dunas!

—¡Y a lo lejos árboles!

—¡Y aquí un perro para coger los maderitos que le tiren al mar! ¡Ven acá, "Turco"!

Un perrazo negro les atendió por tal nombre; quizá porque era negro o porque todos se llaman "Turco".

—¡Hay también palas!—continuó la niña.

—¡Y cubos!—exclamó el muchacho.



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

—¡Y qué lindas estrellas de mar!

—¡Y una cestita . . . con merienda!

Sentáronse y empezaron a merendar. Era un pisco-labis riquísimo. Langosta y helados de fresa y de piña, almendradas y tostaditas de pan con manteca, y zarzaparrilla para quitarse la sed. Mientras comían, pensaban en su tía y en su tío, en su casa, en la ternera enflaquecida y en el pastel de serrín, y se sentían felices.

En el momento de acabar, vieron a cierta distancia que el mar verde se conmovía en un remolino de latigazos y salpicaduras, y, quitándose los vestidos, se metieron en el agua a ver lo que pasaba. Era una foca, muy amable y bien educada, que les enseñó a nadar y a bucear.

—Pero ¿no nos sentará mal el baño después de la comida? ¿No es perjudicial?—preguntó Tomasita.

Nada de éso—contestó la foca—. Aquí no hay nada perjudicial, mientras seáis buenos. Venid que os enseñe a jugar al paso marino, admirable juego, frío y tonificante. Probemos.

Por último, la foca les dijo—: Me figuro que traeréis vestidos humanos, y no son a propósito. Mis dos hijos mayores tienen unos que se les han quedado cortos. Si los queréis . . .

Y se sumergió, volviendo a salir en seguida con dos trajes de mallas doradas de piel de foca, que dió a los niños.

—Gracias, muchas gracias—le dijeron—. Es usted muy amable.

Casi estoy seguro de que nunca habéis tenido la suerte de probaros un traje de mallas hecho de piel de foca, de los que no se echan a perder con la arena ni con el agua, ni con las compotas, ni con las sopas de leche, ni con todas esas cosas tan buenas que dejáis caer en los vestidos que os regala vuestra cariñosa familia. Pero si podéis, imaginaros cuán bonitas eran las mallas que se pusieron los dos niños.

Tomasita y Ángel se pasaron el día jugando en la playa, y cuando se cansaron de jugar, se metieron en una gruta y encontraron la cena a punto; salmón y pepino, conejo y limonada; y para acostarse, un gran lecho de paja y hojas secas, musgo y helechos, y todas esas cosas que os han parecido siempre tan a propósito para tenderos en ellas, aunque no os lo hayan consentido.

Por la mañana, budín para el almuerzo, pato asado y jalea de limón; el día pasaba como un sueño venturoso, roto únicamente por la sorpresa deliciosa de los manjares. La pelota se levantaba para enseñarles a jugar al polo



niken.

acuático, y ellos la hacían dar saltos en la arena, lanzando gritos de gozo y de placer. Ya sabéis que a una pelota le gusta que la hagan botar los que la quieren bien; es como si se le dieran golpecitos en el hombro a un amigo.

En Villadondequeráis no había casas, ni tinas para el baño, ni bandas de música, ni criadas de servir, ni guardias, ni tías, ni tíos. Podíais hacer durante todo el día que os diese la gana, con tal de ser buenos.

—¿Qué ocurriría si fuésemos malos?—preguntó Angelito, y la pelota, poniéndose muy seria, le contestó:

—No seré yo quien os lo diga; pero os aconsejo con el mayor interés que no tratéis de averiguarlo.

—No, no lo haremos, de ninguna manera—aseguraron los dos, yéndose luego a jugar con los conejos de las dunas, que eran muy simpáticos y aficionadísimos a toda clase de juegos.

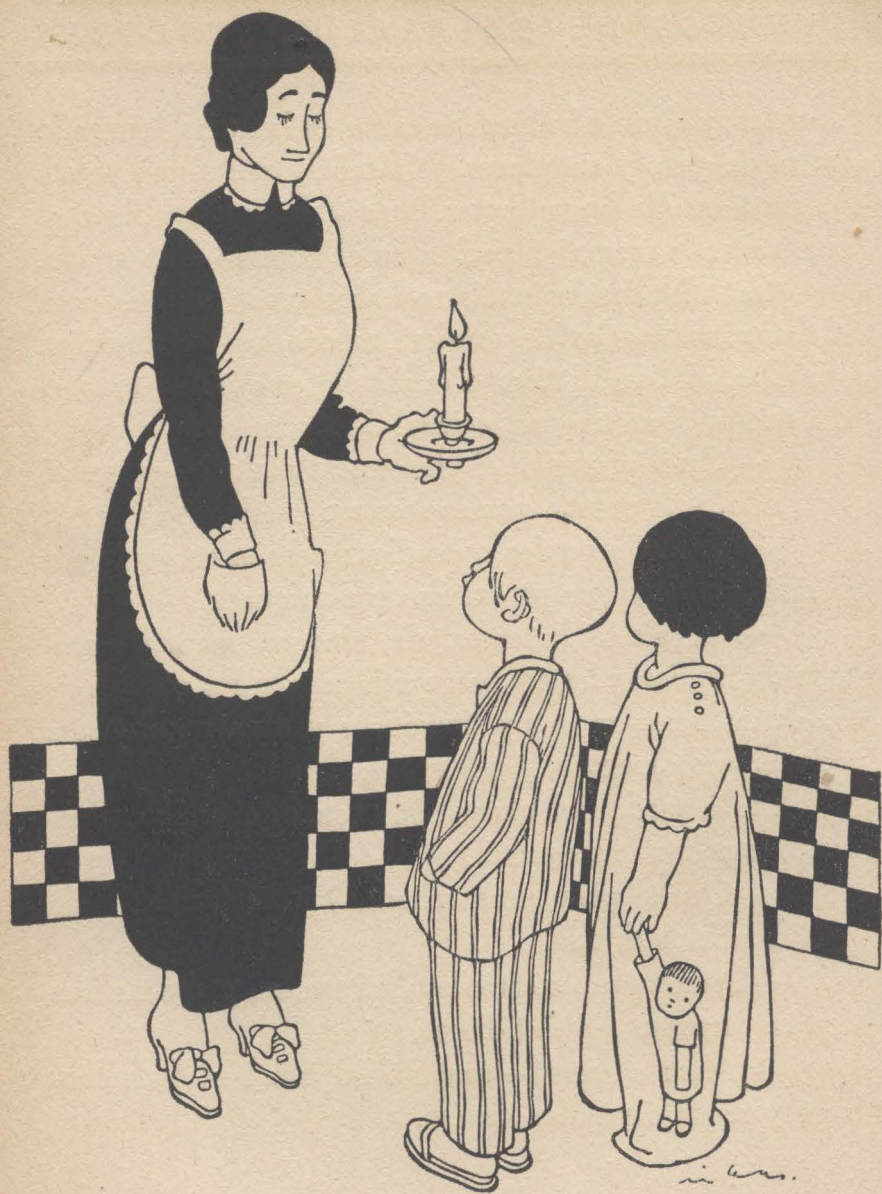
En la tarde del tercer día, Tomasita estaba silenciosa, la pelota le preguntó.

—¿Qué te pasa, nena saltarina? Cuéntamelo.

Y ella le dijo:

—Quisiera saber cómo está mi madre, y si tiene una de esas jaquecas tan fastidiosas.

—¡Así me gusta!—contestó la pelota—. Ven conmigo y te enseñaré algo de eso.



Dió un bote, los niños corrieron tras ella y la vieron caer en un estanque entre rocas, dando un susto tremendo a las plantas acuáticas, sin que la pelota reparase en ello.

—Mirad—les dijo desde el fondo del agua. Y al mirar los niños vieron que el estanque era como un espejo; pero no se veían reflejados en él. Lo que veían era el salón de su casa, y a papá y mamá en él, muy buenos ambos. Sólo parecían estar un poco fatigados, igual que los tíos, que se encontraban allí también. Tío Tomás decía:

—¡Gracias a Dios que se fueron los chicos!

—¿Saben dónde estamos?—preguntó Angelín a la pelota.

—Se imaginan que los saben—contestó la pelota—o vosotros os imagináis que ellos se figuran que lo saben. Sea lo que quiera, se encuentran a gusto. Buenas noches.

Y se fué de un salto, como una pelota cualquiera, a descansar en el sitio acostumbrado. Los dos niños fueron a buscar su grato, suave y blando nido de paja y hojas secas y helechos y musgo, y se echaron a dormir. Pero Angelín estaba resentido con Tomasina porque ella se había acordado de su madre antes que él, y le dijo que se llevaba todos los helechos; y se durmieron los dos muy enfadados. Al despertar estaban más enfadados aún. Hasta entonces se habían ayudado mutuamente a hacer

la cama en seguida de levantarse, pero aquel día no lo hicieron.

—No veo por qué motivo he de hacer yo las camas—dijo él—; éso es cosa de chicas, no de chicos.

—No veo por qué motivo he de hacerlas yo—replicó Tomasita—; éso no es cosa de señoritas, sino de criadas.

Entonces ocurrió una cosa terrible. De repente, surgió de la nada, procedente de ninguna parte, una doncella muy alta y robusta, limpia de veras, que les dijo:

—Tiene usted mucha razón, señorita; a mí me corresponde hacer las camas. Y tengo también encargo de que se acuesten los dos a las siete.

Pensad lo tremenda que les parecería una cosa así a unos niños que se habían acostumbrado ya a no irse a la cama hasta que se sentían inclinados a ello. Los dos salieron a la playa:

—Mira lo que ocurre cuando uno es malo—dijo Tomasita; y Angelito exclamó por toda respuesta—: ¡Chitón!

Estuvieron contentísimos hasta la hora de comer. Aquel día les pusieron pichones asados, boquerones y arroz con leche, y durante todo el día fueron buenísimos y trataron muy cortésmente a la pelota. Ángel le contó

lo referente a la terrible aparición de la doncella, y la pelota movió la cabeza (ya sé que no habéis visto nunca mover la cabeza a una pelota y que, muy probablemente, no lo veréis jamás) y dijo:

—Niño saltarín, aquí puedes continuar siendo dichoso por toda una eternidad, si eres contentadizo y bueno. Si no . . .; mira, son las siete menos cuarto . . .: ya es hora de irse a la cama.

Y tuvieron que irse a la cama. La doncella los acostó, después de lavarlos con jabón amarillo, algo del cual se les metió en los ojos. Encendió una lamparilla de noche, y se sentó entre los dos hasta que se durmieron, sin dejarles hablar, de modo que tardaron en dormirse mucho más de lo que hubieran tardado a no estar ella allí. Y las camas eran de hierro, con colchas y sábanas calientes, suaves, y muchas más mantas de las que eran precisas.

Al día siguiente se levantaron lo más pronto que les fué posible; jugaron al balompié acuático en unión de la foca y de la Pelota Saltarina, y cuando llegó la hora de comer, les dieron langosta y helados. Pero Tomasita estaba de mal humor, y dijo—: ¡Ojalá fuese pato!—. Antes de que hubiese acabado de decirlo, tenían delante un plato de cordero y otro de arroz, y no hubo más remedio que sentarse a la mesa y comérselo con toda pulcri-

tud, porque la doncella cuidaba de que no se dejaran nada en el borde del plato ni hablaran con la boca llena.

En adelante ya no hubo platos sabrosos, sino únicamente cosas por el estilo de las que se suelen comer en casa. Pero aún es posible la felicidad sin sabrosos manjares, a trueque de andarse con mucho tiento. Los días eran todavía bastante gratos, y todos los seres del mar y de la tierra se les mostraban cariñosos y atentos. La foca les enseñaba cuanto sabía, y estaba siempre dispuesta a jugar con ellos. La estrella de mar fué su maestra de Astronomía, y con el pez espada aprendieron esgrima. Los cangrejos les enseñaban a bailar, las aves marinas a hacer nidos—conocimiento que no necesitaron aplicar nunca—, y si las ostras no les enseñaron nada fué porque son estúpidas, no por falta de sentimientos amistosos.

Bañábanse los niños a diario en el mar, y si se hubiesen contentado con ésto, nada malo hubiera ocurrido. Pero no se contentaron.

—Vamos a hacer un baño—dijo Angelito—para que entre el mar en él y lo llene, y luego nos bañamos en él.

Y, cogiendo sus palas, abrieron un hoyo; en ésto no había daño ninguno, podréis decirme con razón. Pero cuando el hoyo estuvo hecho y el mar fué arrastrándose,



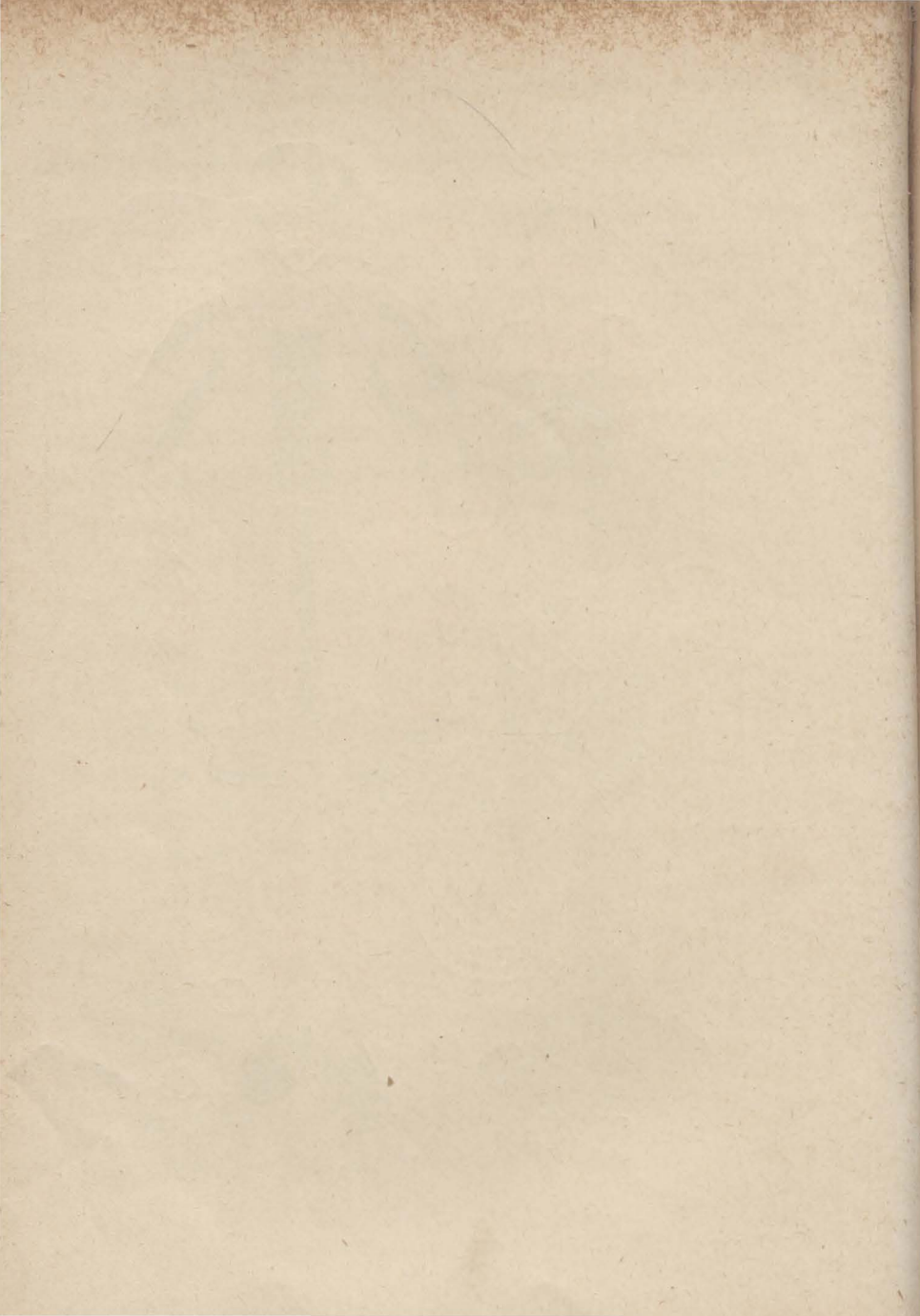
arrastrándose, hasta que una ola reventó con fuerza en la arena e irrumpió arremolinada en el hoyo. Tomasita y Angelito se pelearon al borde, discutiendo quién había de meterse primero, y la ola, arrastrando la arena, se volvió al mar; de modo que de los dos ninguno se bañó en la flamante bañera. Todo quedó húmedo y arenoso, y el borde, levantado con tal esmero, se desmoronó por muchas partes. Mirándolo estaban con sorda irritación, cuando la arena empezó a moverse y a removerse, y a levantarse como si algún enorme animal marino la elevase con su ancho lomo. La arena húmeda se escurrió por uno y otro lado, y un objeto puntiagudo como el dorso fino de una vaca fué apareciendo lentamente. Hízose mayor por instantes, y desprendiéndose de la arena surgió una caseta de baños calientes en el mismo lugar en que habían pretendido bañarse en el hoyo.

—¡Vaya!—exclamó Ángel—. ¡Ahora sí que la hicimos!

La habían hecho buena, es verdad, porque en la puerta de la caseta se leía en un gran letrero: EN ADELANTE OS BAÑARÉIS SIEMPRE AQUÍ.

Acabóse, pues, aquello de meterse en el agua cuando les parecía y como les daba la gana. Tenían que tomar





baños calientes, y la caseta olía a agua salada y a toallas ajenas húmedas.

Después de ésto, a los chicos no les gustaba mucho la orilla del mar, y preferían ir a jugar a las dunas con los conejos, tan hospitalarios y amables, o al bosque, donde crecían tantas especies de flores campestres, sin letreros como los que ponen: "Se prohíbe tocar", encima de las que más os gustan. Los niños pensaban en lo que tío Tomás diría si estuviese allí, y se sentían verdaderamente dichosos.

Pero una vez Tomasita cogió unos convólvulos blancos, unos geranios rojos y algunas calceolarias—de éstas que nunca os dejan coger en vuestras casas—e hizo con todas aquellas flores una guirnalda que se puso en la cabeza.

Entonces dijo el niño—: ¡Eres tonta! Pareces una maceta.

Pero ella le replicó—: Ya verás tú si soy tonta. ¡Qué bonitas estarían en un sombrero, si fuesen artificiales! ¿Por qué no tendré yo un sombrero?

Y lo tuvo. Un sombrero muy duro, que le hacía daño en las sienes, donde estaba cosida la goma, y además aquel vestido tan almidonado que la arañaba, y toda su ropa interior, y medias y botas pesadísimas; y Ange-

lito se vió con su traje de marinero estrechísimo por debajo de los brazos; y tuvieron que llevarlos puestos continuamente, porque sus mallas de piel de foca desaparecieron.

Al regresar, cariacontecidos e incómodos en la tiesura de sus trajes, hablaron con la Pelota Saltarina. Parecía muy seria, y gruesos lagrimones de agua salada le corrían cara abajo por las mejillas rojas y verdes. Estaba en la roca húmeda cubierta de ovas.

—¡Ah, criaturas necias!—les dijo—. ¿No os avisé bastante? Tenéis aún todo lo que pudieran desear unos niños razonables. ¿Y no estáis contentos?

—Sí que lo estamos—contestaron los dos; y, en efecto, lo estuvieron durante un día y la mitad de otro. Y entonces no fué el descontento, sino su tontería, lo que les trajo desgracia.

Estaban jugando en las dunas, junto al lindero del bosque, a la sombra de un heliotropo. Un seto de camelias les daba también grata frescura y en las dunas, a pleno sol, las orquídeas brotaban como margaritas del campo, y los claveles como flores de retama. En derredor todo era tierra como esa con la que no os deja andar el jardín. Con sus palas habían hecho un bancal e iban a plantar en él verbenas. Pero a Angelín le tiraba la blusa

por debajo de los brazos, y cuando Tomasita le dijo de pronto:

—Mira, Ángel, mira qué bonito; parece cosa del país de las hadas—, él replicó:

—¡Tonta! ¡Si el país de las hadas no existe ni cosa que lo valga! . . .

En aquel momento un hada de alitas brillantes, color de cola de pavo real; pasó revoloteando por encima de la senda y fué a posarse en una magnolia.

—¡Mira, Angelito! Es un hada—volvió a gritar Tomasita—; ésto es el país de las hadas y ésa es un hada muy hermosa. Mira . . ., ya se va.

Pero él no quiso mirarla; dió media vuelta y cerró los ojos.

—¿Qué ha de haber país de las hadas? ¡Cuando yo te lo digo!—gruñó—. Yo no creo en hadas.

Y de repente, ¡qué horror!, el hada se convirtió en un guardia—todo el mundo sabe que existen los guardias y no hay quien deje de creer en ellos.

Y todas aquellas raras y hermosas flores se agostaron y desaparecieron sin dejar más que espinas y pinchos, y la neblinosa sendita cubierta de musgo que corría por lo alto de las rocas se convirtió en un paseo público por el que se puso a andar el guardia arriba y abajo, sin parar

un momento, observando a los niños que jugaban; y bien sabéis lo difícil que es jugar cuando alguien os mira, sobre todo si ese alguien es un guardia.

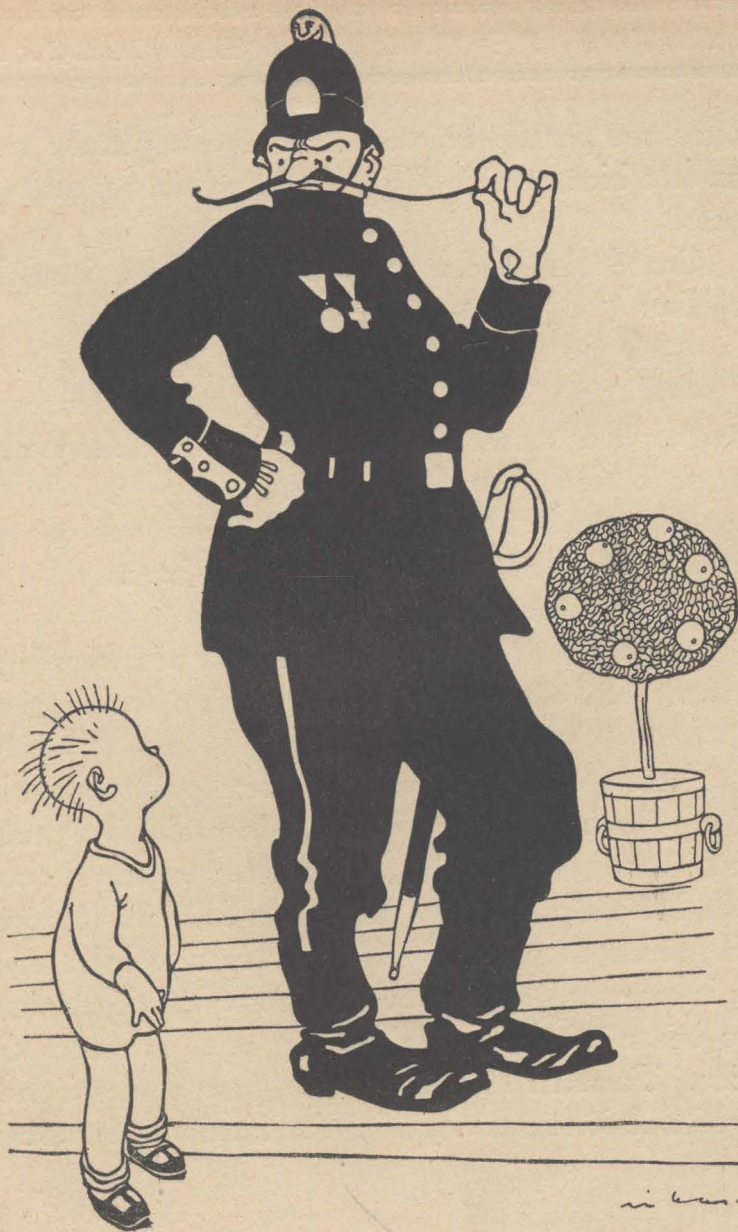
Ángel estaba muy enfadado; sostenía la imposibilidad de que hubiese gusanos de luz tan grandes como faroles de bicicleta; y en Villadondequeráis los había. Después de ésto fué cuando empezaron a salir faroles de gas a lo largo del paseo, en el que brotó un kiosko alumbrado con bombillas incandescentes; y una banda de música se puso a tocar en él, porque ¿para qué sirve un kiosko sin su correspondiente banda de música?

—¡Necios chiquillos, tontos!—dijo la Pelota Saltarina poniéndose más roja de ira por el lado que no se puso más verde de rabia—. ¡Botando estoy de cólera al ver que desperdiciáis todo lo bueno y que habéis convertido a Villadondequeráis en estación veraniega!

Y se puso a botar irritada, playa arriba y playa abajo, hasta que la doncella salió de la cueva y dijo a los dos hermanos que no metiesen tanto ruido, y el guardia les gritó:

—¡Circulen, circulen! Están entorpeciendo el tránsito.

Ahora he de referiros algo tan penoso que no le encontraréis excusa: para mí no la tiene. Sólo he de



in k. w. s.

pediros que penséis cuánto trabajo cuesta portarse relativamente bien, y cuán fácil es, en cambio, ser malo de remate.

Cuando la Pelota Saltarina se quedó quieta, dijo Angelito:

—Me gustaría saber qué es lo que la hace saltar.

—¡No, no lo averigües!—gritó la niña, que había oído decir a su hermano lo mismo con otras pelotas y sabía demasiado bien a dónde iba a parar.

—No, no lo hagas—dijo—. Acuérdate de que nos trajo aquí, de que ha sido siempre tan buena . . . —

Pero el niño replicó:

—¡Bobadas! Una pelota no siente y podremos jugar lo mismo con ella, en cuanto haya visto lo que tiene dentro.

Y antes de que Tomasita hubiera podido evitarlo, sacó el cortaplumas que tío Reinaldo le regaló en el penúltimo día de su santo, y echando mano a la pelota, clavó en ella la hoja puntiaguda. La Pelota Saltarina lanzó un débil gemido de pena y de dolor, y en un suspiro tenue y lastimero exhaló su espíritu bondadoso y quedó exánime, como una masa de caucho verde y roja, en manos del asesino. Tomasita rompió a llorar, pero el despiadado Angelito abrió la pelota y miró a su interior. Bien sabéis

lo que encontraría: el vacío; el trocito de caucho que forma un bultito en el exterior de la pelota y que podéis tocar con los dedos cuando está viva y es dichosa en la alegría de sus saltos.

Los niños se miraban desconsolados.

—Ójala . . . ójala no lo hubiese hecho!—dijo, por último, Angelín; pero, antes de que Tomasita le contestara, la cogió de la mano.

—¡Mira!—gritó—, ¡mira el mar!

Era, en verdad, un espectáculo terrible. El mar azul, movedizo y deslumbrador, se iba secando delante de sus ojos, y en menos de un minuto se tornó llanura polvorienta. Tendió apresuradamente un par de rieles, unos palos del telégrafo, un poste de señales, y se convirtió en el ferrocarril que pasaba por detrás de su casa.

Los niños, gimiendo horrorizados, volviéronse hacia las dunas. Frente a ellos alzábanse unas casas de ladrillo, como si las fuese dibujando una mano invisible. La arena de la playa se endureció, tornándose pavimento. Las dunas verdes tomaron un tono gris, y eran techos de pizarra, y Tomasita y Angelito se encontraron ante la puerta de hierro de su propia casa, en la acera. Tío Tomás, asomado a una ventana, estaba esperándolos, y

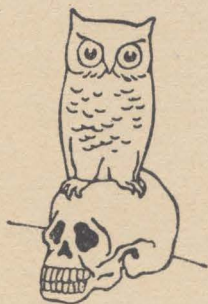
tía Ángeles les dijo que no era digno de personas bien educadas aquello de irse a la calle a jugar.

Los mandaron a la cama inmediatamente, por disposición de tía Ángeles, y tío Tomás dispuso que al día siguiente se desayunaran con pan seco.

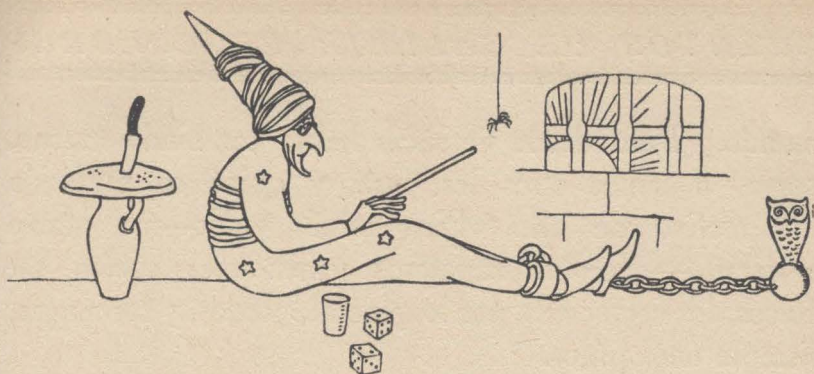
Ángel y Tomasita no han vuelto nunca a Villadondequeráis, ni han visto más a la Pelota Saltarina, o sus míseros despojos; pero ni de lo uno ni de lo otro son dignos. Ciertó que Tomasita no merece tanto vituperio como Ángel, indigno de su nombre, pero igual castigo sufrieron los dos. Yo no puedo impedirlo. Lo peor que tiene el ser malo, es éso. No sólo cae el castigo sobre el que lo es; a otros que no lo son, y por lo general a los seres más queridos, les alcanza de igual modo.

Sois muchachos inteligentes y no he de ofenderos sacando una moraleja. No soy tío Tomás, y tampoco he de pedirós que recordéis todo lo que os he contado. No soy tía Ángeles.





EL CORAZÓN DEL MAGO



Todos tenemos nuestra debilidad. Yo tengo debilidad por las moras de zarza. Vosotros, acaso, por los automóviles. El Profesor Górriz tenía debilidad por los bautizos, y por los bautizos reales. Siempre estaba esperando que le invitasen a la ceremonia bautismal de todos los infantitos, y claro está que nunca le invitaron, porque ni era gran señor, ni duque, ni siquiera comerciante en tocino, en té, o en cualquier otra cosa de categoría verdaderamente elevada, sino tan sólo un pícaro mago que por razones de economía y por el cuidado en servir a la parroquia había logrado hacer muy buenos negocios. No siempre había sido malo. En su niñez fué buenísimo, según creo, y su vieja nodriza, casada hacía ya mucho tiempo con un agricultor, solía decir que era el nene más precioso que gastó mantillas y que sus piernecillas gordezuelas eran las más bonitas del

mundo. Pero desde entonces había cambiado mucho, como a tantos otros les pasa, y quizá su profesión fué motivo de ello. Bien sabéis todos—me atrevo a decirlo—que los zapateros remendones suelen ser flacos, los cerveceros, por lo general, gordos, y los magos, siempre unos pillos.

Bueno, pues aquella debilidad suya por los bautizos fué creciendo, creciendo cada vez más, en vista de que nunca se le daba gusto, y, por fin, harto de esperar, se plantó en un bautizo sin esperar a que le convidasen. La ceremonia fué magnífica; bautizábase un hijo del Rey de las Islas Afortunadas, y al principito se le dió el nombre de Fortunato. Nadie se ocupó del Profesor Górriz; tenían sobrada educación para echarle, pero le dieron a entender que nunca debía haberse presentado allí; se sintió intruso, como en realidad lo era, y aquéllo le enfureció de tal suerte, que cuando todas las brillantes, esplendorosas y risueñas hadas madrinas se apiñaban alrededor de la cunita de raso azul para ofrecer al niño sus dones de hermosura, fortaleza y bondad, hizo el Mago de súbito un encantamiento muy difícil, (y de memoria, como vosotros cuando echáis cuentas), y dijo:

—Todo eso ha de ser Fortunatito, pero le digo yo que será príncipe más bobo del mundo. Dicho ésto, se



desvaneció en una nubecilla de humo encarnado que echaba una peste de dos mil demonios, y como no había dejado señas, el Rey de las Islas Afortunadas no pudo perseguirle por delito de alta traición.

Górriz se sintió feliz al pensar que había hecho desgraciada a tanta gente—, porque toda la Corte, incluso el niño, lloraba a lágrima viva cuando él desapareció—, y más cuando leyó en los periódicos la noticia de otro bautizo real, en el que podía, asistiendo, hacer desgraciada a mucha más gente. Se había señalado para su celebración la fecha del miércoles inmediato, y el Mago acudió a la ceremonia con disfraz de poderoso salchichero.

Tratábase entonces de una niña. Górriz se acercó a la cunita de terciopelo rosa, y cuando se le habían ofrecido a la Princesa todas las cualidades lisonjeras del mundo, gritó de pronto—: "Todo eso ha de ser Anita, pero le digo yo que será la princesa más fea del mundo."

Y la niña se volvió fea en el momento mismo. Aquéllo fué terrible. ¡Tan linda como era la criatura! Todos decían, poco antes, que nunca habían visto nena más linda; es lo que se oye más a menudo en los bautizos.

Luego que hubo vuelto fea a la desventurada Princesita, el Mago trató de recordar el ensalmo que le había de hacer desvanecerse, pero con gran horror por su parte no

hubo ni humareda roja ni peste infernal que se lo llevara, sino que siguió allí, en donde no deseaba permanecer de ningún modo. Una de las Hadas le había visto un segundo más tarde de lo necesario para salvar a la Princesa, y, dándose cuenta de lo que iba a hacer, había formulado a toda prisa un fuerte conjuro para evitar que se desvaneciese. Aquella Hada era una Maga Blanca, y, ya sabéis que la Magia Blanca es mucho más fuerte que la Magia Negra, y también mucho más a propósito para experimentos de salón. Así, pues, el Mago se quedó “como un cerdo abierto en canal”, según dijo alguien, no muy cariñosamente, echando todos de ver que, pese a su disfraz, se trataba de un Mago. La buena Maga Blanca se inclinó y besó a la Princesita.

—¡Anita!—exclamo—guarda este beso hasta que tengas necesidad de él. Ya sabrás de qué modo has de emplearlo con el tiempo. Señor Rey, el Mago no puede ya desvanecerse. Debíais mandarle detener.

—¡Detened a ese hombre!—dijo el Rey, señalando a Górriz—. Supongo, señora, que vuestros encantamientos tendrán fuerza permanente . . .

—En absoluto—dijo el Hada—; por lo menos no han de desaparecer mientras no sean inútiles.

Encerraron, pues, al Mago en una torre de enorme

altura, y le dejaron jugar a cosas de magia; pero ninguna fórmula suya podía tener eficacia fuera de la torre, y, por lo tanto, nunca pudo salvar la doble guardia extraordinaria que estaba, día y noche, de centinela. El Rey hubiera querido ajusticiar al Mago, pero la Maga Blanca le advirtió que no debía hacerlo.

—¿No veis—dijo—que es la única persona que podría devolver su hermosura a la Princesa? Ello ha de ser algún día. Pero no le andéis pidiendo que lo haga, porque no hará nunca nada para que se lo agradezcáis. Es así, y no puede ser de otro modo.

Corrieron los años. El Mago seguía en la torre, dedicado a los juegos de magia y aburridísimo—porque es muy triste éso de sacar del sombrero unos conejitos blancos, y extraer el sombrero de la nada, sin tener delante gente que os admire.

El Príncipe Fortunato era un niño tan bobo que se perdió casi al principio de esta historia y se fué por el campo diciendo que se llamaba Jaime, lo cual no era cierto. Una panadera le encontró y le tomó por hijo; vendió los botones de diamantes de su abrigo por trescientos doblones y como era una mujer muy honrada, separó doscientos para que Jaime pudiese disponer de ellos cuando fuese mayor.



mil lan.

Corrieron más años. Anita seguía siendo horrorosa, y se tenía por muy desgraciada, hasta que, al cumplir veinte años, fué a verla Belinda, prima suya casada ya. A Belinda la habían vuelto fea también en la cuna, para que la Princesa tuviese con quien simpatizar.

—Pero me libré de ello perfectamente, y lo mismo te ocurrirá a tí—dijo Belinda—. Lo primero que has de hacer es buscar un mago.

—Mi padre los desterró a todos veinte años hace—contestó Anita, cubierta siempre con una velo—; a todos, menos al que me volvió fea.

—Pues entonces a él hay que dirigirse—exclamó la hermosa Belinda—. Vístete de muchacha mendiga, y dale cincuenta doblones para que lo haga. No le des más, o sospechará que no eres lo que aparentas. Va a ser muy gracioso. Yo iría contigo, pero he prometido formalmente a Belamante que estaría en casa a la hora de merendar—. Y se marchó en su carroza de madreperlas, dejando a Anita muy entretenida en buscar por los tomos ricamente encuadernados de "La Damisela cumplida" que había en la biblioteca del palacio, cuál sería el traje más a propósito para vestirse de muchacha mendiga.

Y sucedió que precisamente aquella mañana, la vieja nodriza del Mago había metido en un cesta un jamón,

unos huevos, un poco de miel, y unas cuantas manzanas, con un ramito de flores, escogidas sin gusto, y, pidiéndole prestado el caballo al chico del panadero, se puso en camino para ver al Mago. Hacía cuarenta años que no le había visto, pero le quería como entonces y se proponía darle una grata sorpresa. Al llegar a la ciudad preguntó sus señas y le dijeron que vivía en la Torre Negra.

—Pero ande con cuidado—le dijo la gente—, porque es un redomado bribón.

—¡Dios te valga!—exclamó la vieja nodriza—¿Qué daño me ha de hacer, si le crié de chico, cuando gastaba mantillas y tenía las piernecillas más gordezuelas y bonitas que os podáis imaginar?

Fuése, pues, a la torre, y los guardias la dejaron pasar. A Górriz le agradó bastante verla—pensad que no había tenido ni un visitante en veinte años—y le gustó muchísimo ver el jamón y la miel.

—Pero ¿en dónde puse los huevos?—dijo la Nodriza—; ¿y las manzanas? He debido de dejármelo todo en casa.

Así era. Pero el Mago no hizo más que agitar una mano en el aire y allí veríais una canasta llena de fruta, que antes no había. Los huevos fué sacándoles del sombrero de ella, de los pliegues de su manto, y hasta de

su misma boca, como un perfecto mago. Bien es verdad que era un brujo en toda la extensión de la palabra.

—¡Anda!—exclamó ella—, parece cosa de magia.

—Es cosa de magia—dijo él—, mi profesión es ésa. ¡Qué gusto tener un auditorio delante! Veinte años llevo viviendo solo. Esto está muy solitario, sobre todo por la noche.

—¿No puedes salir?—preguntó la Nodriza.

—No: las órdenes del Rey han de respetarse, pero es una vida de perros—. Hizo un puchero, se procuró un pañolito mágico sin más que cogerlo del aire, y se enjugó los ojos.

—Toma un aprendiz, hijo mío—indicó la Nodriza.

—¿Para que aprenda mi arte? No en mis días.

—Figuraté que te traen uno tan bobo que no logre aprenderlo.

—Eso estaría muy bien; pero es inútil poner anuncios pidiendo un bobo; nadie se presentaría.

—No necesitas anunciarlo—dijo ella—. Y salió para entrar de nuevo con Jaime, que era en realidad el Príncipe de las Islas Afortunadas y también el chico del panadero, a quien ella había traído consigo para que le llevase el caballo de las riendas.

—Oye, Jaime—le dijo—, ¿quieres o no quieres ser Aprendiz?

—Sí—contestó el pobre niño bobo.

—Pues dale tu dinero a este señor.

Jaime hizo lo que se le mandaba.

—Mis últimas dudas se desvanecen— dijo el Mago—: es bobo. Nodriz, vamos a celebrar el acontecimiento con un traguito de cualquier cosa, pero no delante del chico, para no sentar precedentes. Jaime; vete a fregar. Aquí no, tonto; en la cocina.

Fuése Jaime a fregar; y como era muy desmañado, rompió un frasquito que estaba en el vasar, y que contenía esencia de sueños, e instantáneamente brotó del agua la visión de una Princesa más hermosa que la luz del día, tan hermosa que el mismo Jaime, con ser quien era, no pudo menos de advertir su hermosura y tendió los brazos hacia ella; pero la Princesa se deslizó por el aire hasta el sumidero de la cocina; y cuando quiso estrecharla contra su pecho, se desvaneció. Lanzó él un suspiro, y se puso a fregar otra vez con más ardor que antes.

—No quisiera ser tan bobo—dijo; y en aquel instante oyó llamar a la puerta. Enjugóse las manos y fué a abrir. Una muchacha apareció, con un pintoresco vestido, todo andrajos y girones.

—Dígame—preguntó la muchacha, que, por supuesto, no era otra que la Princesa—, ¿está el Profesor Górriz?

—Hacedme el favor de pasar—dijo Jaime, y la hizo entrar en la sala.

—¡Por vida de . . !—exclamó Górriz—. ¡Vaya un día! Tres visitas sólo por la mañana. ¡Cuánta amabilidad! ¿No queréis tomar asiento?

—Esperaba—dijo la encubierta Princesa—que me ofrecieseis algo más.

—¿Un vaso de vino?—dijo el Mago—. ¿Queréis beber un vaso de vino?

—No, gracias—dijo la muchacha mendiga, o sea la Princesa.

—Pues . . . quitáos el velo—agregó la Nodriza—, porque si no, al salir, no advertiréis las ventajas de llevarlo.

—No puedo—dijo Ana—, no sería prudente.

—Demasiado linda, ¿eh?—continuó el Mago—. Tranquilizáos, que aquí estaréis segura.

—¿Entendéis de magia?—preguntó ella bruscamente.

—Un poco,—contestó él con ironía.

—Bueno—dijo ella—, es por esta razón: Soy tan fea que nadie se atrevería a mirarme, y deseo entrar de fregona en la cocina de Palacio. Necesitan un cocinero, un pinche y una friegaplatos y he pensado que tal vez pudieseis darme algo que me hiciera bonita. No soy más que una pobre muchacha mendiga, y éso sería para mí una gran cosa . .

—Idos enhoramala—dijo Górriz, muy enojado—. Nada quiero con mendigos.

—Tome dos cuartos—murmuró el pobrecito Jaime poniéndoselos disimuladamente en la mano a la Princesa—. Es todo lo que he podido ahorrar.

—Gracias—cuchicheó ella en respuesta—. Sois muy bueno.

Y dirigiéndose al Mago añadió:

—Por casualidad tengo cincuenta doblones. Y los daré por una cara nueva.

—Trato hecho—gritó el brujo—. ¡Ésta es otra boba!—. Agarró el dinero, levantó la varita de virtudes y cátese que ante los ojos asombrados de la Nodriz y del Aprendiz, la horrible muchacha mendiga se convirtió en la más adorable Princesa del mundo.

—¡Anda!—exclamó la Nodriz.

—¡Mi sueño!—gritó el Aprendiz.

—¿Queríais—interrumpió la Princesa, darme un espejo?—. Corrió el Aprendiz a descolgar uno que estaba encima del sumidero de la cocina y se lo alargó.

—¡Oh!—dijo ella—, ¡qué linda soy! ¿Cómo os lo podré agradecer?

—Muy fácilmente—dijo el Mago—: mendiga y todo, os ofrezco mi mano y mi corazón. Y llevándose la mano al chaleco, sacó del pecho el corazón. Era grueso y rojo, y su aspecto desagradó a la Princesa.

—Os lo agradezco muchísimo—dijo—, pero no quisiera . . .

—Insisto en ello—exclamó Górriz.

—Pero, a decir verdad, vuestro ofrecimiento . . .

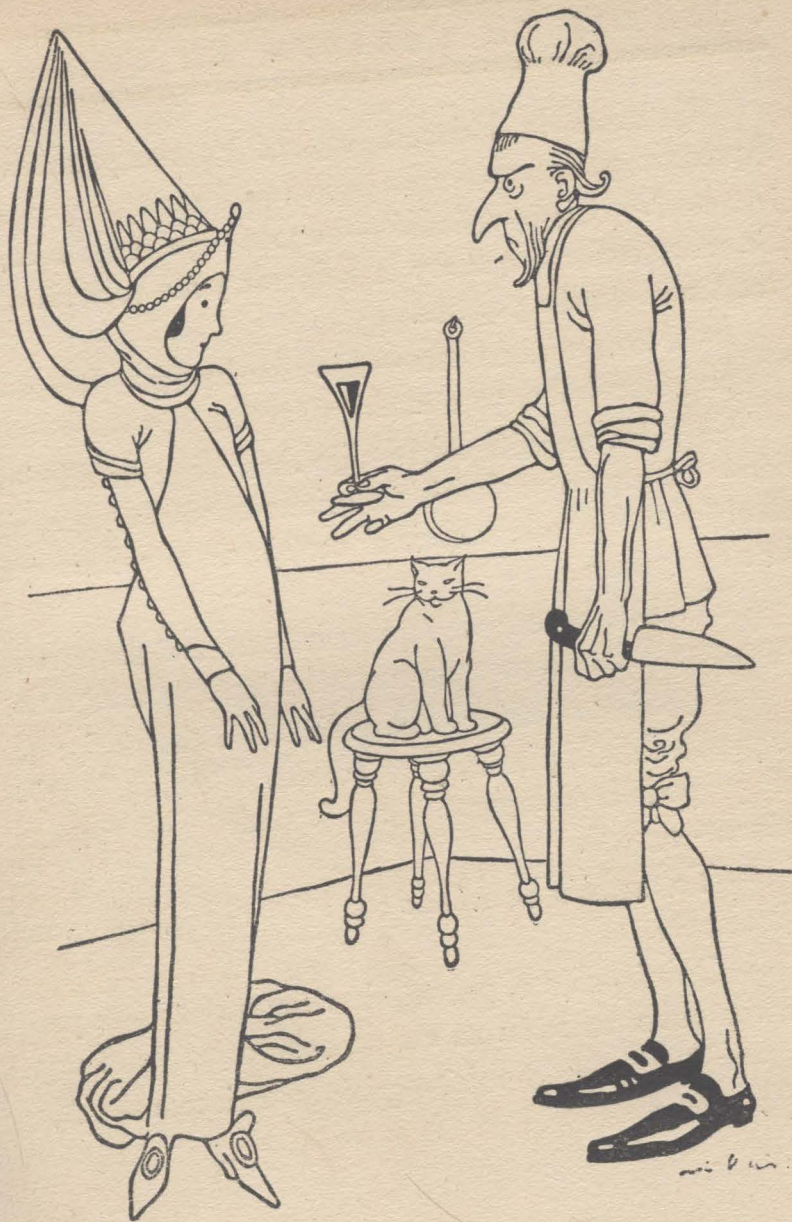
—Generoso hasta más no poder, estoy segura—intercaló la Nodriza.

—Mi afecto está comprometido—respondió la Princesa bajando los ojos—.No puedo casarme con vos.

—¿Os negáis?—preguntó Górriz, y la Princesa dijo que sí con la cabeza.

—Bueno, pues entonces iré a vuestra casa, y hablaré con vuestro padre. No rechazará él un ofrecimiento así. Nodriza, ven a cepillarme el abrigo.

Salió, cerrando la puerta que estaba enfrente, y subió la escalera, con la Nodriza detrás.



Entonces la Princesa explicó en dos palabras al Aprendiz quién era.

—No quiero—añadió— que me vaya a ver a casa. Se encontrará con que soy la Princesa y me volvería otra vez fea en un dos por tres.

—No os verá en casa—dijo resueltamente Jaime—. Yo podré ser bobo, pero también soy fuerte.

—¡Qué valiente sois!—dijo Ana llena de admiración—. Pero yo preferiría escurrirme tranquilamente, sin meter ruido. ¿Podréis abrir el cerrojo de seguridad que tiene esta puerta?

Trató de hacerlo el Aprendiz, pero era demasiado torpe, y la Princesa no tenía fuerza bastante para lograrlo.

—Lo siento—dijo el Aprendiz, o sea el Príncipe—. No puedo abrir la puerta; pero, cuando él la abra, le sujetaré y podréis escaparos. He soñado con vos esta mañana—agregó.

—Yo también he soñado con vos—dijo ella—, pero erais distinto.

—Quizá—dijo el pobre Jaime con tristeza—la persona con quien soñastéis no era un bobo como yo lo soy.

—¿De veras lo sois?—gritó la Princesa—. Me alegro mucho.

—Eso no me parece muy amable.

—No lo creais; lo digo porque si es éso todo lo que os hace distinto del hombre que soñé, pronto he de remediarlo.

Y diciendo así le puso ambas manos en los hombros y le dió un beso. Con el beso, la bobería se le disipó como una nube y se volvió tan avisado como el que más; y además de tener todos los conocimientos ordinarios que hubiera adquirido si hubiese permanecido en su Palacio, supo quién era y en dónde estaba, y para qué estaba allí, y toda la geografía del reino de su padre, su exportación e importación, y el movimiento de su política. Y supo también que la Princesa le amaba.

En vista de ello, la estrechó entre sus brazos y la besó en la frente, y ambos se sintieron muy felices y empezaron a decirse mil ternezas, y a encontrar el mundo muy hermoso y a maravillarse de cómo se habían encontrado, siendo así que la tierra no sólo es hermosa, sino también bastante grande.

—Mi primer beso fué un beso mágico—dijo ella—. Mi hada madrina me lo dió, y te lo he tenido guardado todos estos años. Ya puedes arreglártelas para salir de aquí y venir a Palacio. Ahora encontrarás medio, porque eres listo.

—Sí—confirmó él—; ahora ya soy listo; puedo descorrer el cerrojo para que salgas. Vete, amor mío, vete antes de que vuelva.

La Princesa escapó, y tan a punto, que ella salía por una puerta y el doctor Górriz entraba por la otra.

Se enfureció al verla escapar; y no me atrevo a escribir las cosas que dijo a su Aprendiz cuando vió que Jaime había sido tan bobo que le había abierto la puerta para que huyese. No eran piropos ni mucho menos.

Trató de salir en persecución suya. Pero la Princesa había prevenido a los guardias y no pudo salir.

—¡Oh!—gritaba—; ¡si mis viejas artes mágicas tuviesen efecto fuera de esta torre! Pronto la alcanzaría.

Entonces, de una manera extraña y confusa, pero muy cierta, sintió que el conjuro de la Maga Blanca, el conjuro que le tenía ligado, se desvanecía.

—¡Al Palacio!—gritó; y precipitándose en la caldera que colgaba encima del fuego, se sumergió en ella, saltando al suelo en forma de un león rojo, y desapareció.

Sin vacilar un instante, el Príncipe, o sea su Aprendiz, le siguió, pronunciando las mismas palabras y sumergiéndose en la misma caldera, mientras la pobre Nodrizilla chillaba y se retorció las manos. En cuanto tocó el

líquido de la caldera y saltó afuera otra vez, se dió cuenta de que no era el mismo de antes. Era, en efecto, un verde dragón. Sintió que se desvanecía—sensación nada tranquilizadora—y reapareció, con una rapidez que le dejó sin aliento, en su propia figura, junto a la puerta trasera del Palacio.

Corto había sido el tiempo transcurrido, pero ya el Mago había conseguido colocarse de cocinero del Rey. Cómo lo pudo lograr no teniendo informes, es cosa que no sé. Quizá se los procuró por arte de magia, como se había procurado los huevos, las manzanas y el pañolito.

El asombro y el malhumor de Górriz al ver que su fiel Aprendiz le había seguido calmáronse enseguida, porque comprendió cuán útil podría serle un pinche tan bobo. Por supuesto, él no tenía idea de que Jaime se hubiera vuelto listo a causa de un beso.

—¿Pero cómo vais a guisar?—preguntó el Aprendiz—. ¡Si nunca habéis sabido hacerlo!

—Guisaré—dijo el Mago—como lo hago todo: por arte de encantamiento—. Y así lo hizo. Quisiera tener tiempo para contaros cómo preparó una comida de catorce cubiertos en unas cacerolas totalmente limpias, cómo fué Jaime a mirar si había especias en una alacena que halló vacía, y cómo, un instante después, vió salir

de ella a la Nodriza. Tanto tiempo había estado solo el Mago, que no parecía sino que se despertaba con ansias de que le admirasen, y saltaba de una alacena a otra, sacaba de unos jarros vacíos gatos y cacaúas, y hacía aparecer y desaparecer ratones y conejos, hasta que a Jaime le empezó a dar vueltas la cabeza, de tanta habilidad, y la Nodriza lloraba lágrimas de pura alegría ante la maravillosa destreza de su ahijado.

—Todo este trajín es malo para mi corazón—dijo el Mago por último; y sacándose del pecho lo colocó en un vasar. Al movimiento que hizo, su libro mágico se le cayó del pecho, donde lo guardaba. Recogiólo el Aprendiz sin que Górriz lo viera; estaba ocupándose en hacer que la lámpara de la cocina volase alrededor del cuarto como un pichón.

En aquel preciso instante llegó la Princesa, más encantadora que nunca, con un sencillo vestido de mañana, todo blanco de gasas y diamantes.

—¡La muchacha mendiga—exclamó el brujo—ataviada como una Princesa! Pues he de casarme con ella, a pesar de todo.

—Vengo a dar órdenes para la comida—dijo Anita, y entonces él, cayendo en quién era, lanzó un débil grito y se quedó inmóvil, tembloroso.



¡Ordenes para la comida! . . .—exclamó la Nodriza—. Entonces sois . . .

—Sí—afirmó Anita—. Soy la Princesa.

—¡Sois la Princesa! . . .—replicó el Mago—. Pues bien, con mayor motivo he de casarme con vos. Y si os negáis, apenas me hayáis dicho que no, os vuelvo fea. ¡Vaya! ¿Conque vosotros creéis que me he estado entreteniendo con los guisos? . . . Pues lo que hice fué elaborar el ensalmo más fuerte del mundo. Casáos conmigo, o bebed . . .

Aquellas terribles palabras hicieron temblar a la Princesa.

—Bebed, o casáos conmigo—repetía el Mago—. Si os casáis conmigo, seréis hermosa para siempre.

—¡Vaya!—interrumpió la Nodriza—, bien digno eres de una Princesa.

—Se lo diré a papá—contestó Anita, sollozando.

—No, no es necesario—dijo Górriz—. Vuestro padre no lo ha de saber. Si no queréis casaros conmigo, bebed ésto y seréis mi fregona, mi horrible friega platos, y vendréis a fregarlos eternamente a la torre solitaria.

Diciendo así, la cogió por la muñeca.

—¡Alto!—gritó el Aprendiz, o sea el Príncipe.



in las

—¿Alto? ¿A mí? ¡Qué absurdo!—exclamó el Mago, lleno de asombro.

—¡Alto, he dicho!—repitió Jaime, o sea Fortunato—. ¡Tengo vuestro corazón!—. Lo tenía, en efecto, y lo levantaba con una mano, mientras en la otra tenía un cuchillo de cocina.

—Si dais un paso más para acercaros a esa señorita —declaró—, clavo el cuchillo.

El Mago dió un verdadero brinco, de terror y agonía.

—¡Cuidado, cuidado!—gritó—, ¡mira bien lo que haces! ¡Es tan fácil que ocurra un accidente! ¡Figúrate que se te escurre un pie! No habría excusa posible . . . Es mi corazón lo que tienes en la mano. Mi vida depende de él . . .

—Ya lo sé. Es lo que le ocurre a todo el mundo con su corazón—dijo Fortunato—. Sois nuestro, amigo. Princesa, ¿queréis tomaros la molestia de llamar a la guardia?

No se atrevió el Mago a resistir, y los guardias le detuvieron. La Nodriza, hecha un mar de lágrimas, consintió en guisar un succulento y sencillo almuerzo, y, cuando hubieron comido, compareció el Mago ante el Rey.

Pero éste, en cuanto vió a su hija tan hermosa, llamó por teléfono a una infinidad de príncipes, ansioso de casarla en seguida, por si acaso se volvía fea otra vez. Razón por la cual, antes de juzgar al Mago, tenía que elegir Príncipe con quien casar a la Princesa. Escogió al Príncipe de las Montañas de Diamante, mozo simpático, formal y con una bonita renta. Pero en cuanto se lo propuso a la Princesa, declinó ella tal honor, y el Mago, que estaba a los pies del trono, cargado de cadenas, empezó a soliviantarse y gritó:

—¿Me perdona la vida Vuestra Majestad si le indico algo que ignora?

El Rey, hombre curioso en exceso, contestó:

—Sí.

—Pues sabed—continuó Górriz—que la Princesa no se quiere casar con el que habéis elegido, porque ella misma se ha buscado novio: mi Aprendiz.

La Princesa tenía el propósito de decírselo a su padre cuando pudiera verle a solas y de buen talante. Pero en aquel momento estaba de mal humor y había gran concurrencia.

Trajeron arrastrando al Aprendiz, y los ruegos desesperados de la Princesa no arrancaron al Rey más que estas palabras:

—Bueno. Ahorcarle, no le ahorcaré. Será tu padrino de boda.

Cogió luego de la mano a su hija, la puso en medio del salón y colocó a la derecha de ella al Príncipe de las Montañas de Diamante, y a su izquierda, al Aprendiz. Después dijo:

—Perdonaré la vida a ese mozo enamorado que tienes a la izquierda, si me das palabra de no hablarle nunca más, y si me prometes casarte con el caballero que tienes a la derecha, esta misma tarde, antes de la hora del té.

La cuitada Princesa miró a su enamorado, en cuya boca vió formarse esta palabra—: Promete.

Y así, dijo—: Prometo no hablar nunca más al caballero que tengo a la izquierda y casarme con el caballero que esté a mi derecha, hoy mismo, antes de la hora del té—. Y tendió la mano al Príncipe de las Montañas de Diamante.

Entonces, de repente, en un abrir y cerrar de ojos, el Príncipe de las Montañas de Diamante se encontró trasladado a su izquierda, y la mano de ella se encontró con la del Príncipe que amaba, el cual estaba a su derecha. Y, sin embargo, nadie parecía haberse movido. Aquéllo era cosa de magia, y de la fina, de primer orden.

—¡Limpio—exclamó el Rey—, absolutamente limpio!

—¡Psé, una bagatela!—dijo con modestia el Aprendiz—. Me he quedado, no sólo con el corazón, sino con el libro de recetas del Mago.

—Bueno, pues ya haremos mejor uso de él, ¿verdad?—comentó el Rey enojado—. Dios os bendiga, hijos.

Algo se le pasó el enojo cuando puso en claro que el Aprendiz era en realidad el Príncipe de las Islas Afortunadas, y mucho mejor partido que el Príncipe de las Montañas de Diamante; y estaba más contento que unas pascuas cuando la Nodriz se acercó a su trono a pedirle que dejara otra vez en libertad al Mago, sobre todo porque cuando pequeñito era el nene más precioso que gastó mantillas y tenía las piernecitas más gordas y más bonitas del mundo.

El Rey, movido por tales argumentos, dijo:

—Le perdonaré si da palabra de ser bueno.

—Lo serás, ¿verdad que sí, precioso?—preguntó la Nodriz llorando.

—No—dijo el Mago—. No lo seré; y, lo que es peor, no puedo serlo.

Tan feliz era entonces la Princesa, que sentía necesidad de que todos fuesen dichosos a su alrededor; pidió, pues, a su novio que hiciese bueno a Górriz por arte de magia.

—¡Ay, querida!—contestó el Príncipe—, nadie se vuelve bueno por arte de magia. Bien podría quitarle toda la maldad que tiene dentro, para lo cual hay en este libro una receta excelente; pero si lo hiciera, tendría que volverle muy pequeño.

El Príncipe Fortunato—o sea Jaime, el Aprendiz—se puso a estudiar el libro durante unos pocos minutos, y pronunció después algunas palabras en lengua que ninguno de los presentes había oído jamás.

A medida que hablaba, el pícaro Mago empezó a temblar y a encogerse.

—¡Niño mío, sé bueno! ¡Promete que serás bueno!—gritó la Nodriz, sin dejar de llorar.

El Mago parecía encogerse dentro de sus vestidos. Fué haciéndose cada vez más pequeño. La Nodriz lo tomó en sus brazos, y él siguió achicándose hasta tal punto que era como si ella no sostuviese más que un lío de ropa. Entonces, lanzando un grito de amor y de triunfo, desgarró las vestiduras del Mago, y sacó de ellas un nene rollizo,

con sus mantillas y aquellas gordas piernecitas que tantas veces describiera amorosamente.

—Ya dije que no se quedaría muy grande si había que sacarle de dentro toda la maldad—indicó el Príncipe Fortunato.

—¡Voy a ser bueno, sí, voy a ser bueno!—dijo el nene que había sido Mago.

—Ya miraré yo por que lo sea—confirmó la Nor-driza.

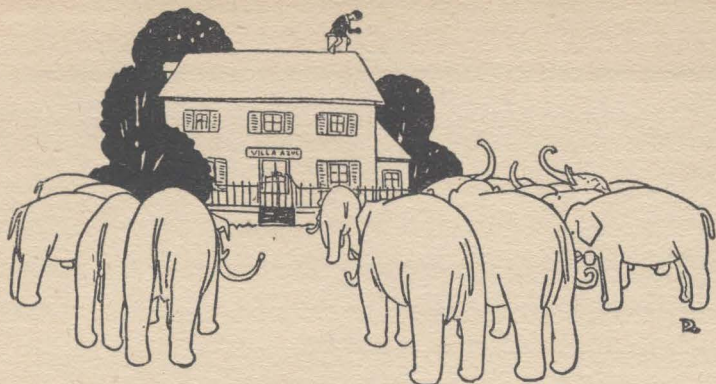
Y así acaba el cuento, en amor y en boda, con un diluvio de rosas blancas.





*CÁLCULOS QUE SALEN
BIEN*

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



"Si ventisiete serones de manzanas cuestan 125 duros, 16,25 pesetas y 6 perras chicas, ¿cuánto costarían los mismos serones si los hubiera llenado una persona poco escrupulosa que solamente hubiera puesto en ellos siete novenas partes de manzanas por cada serón, completando el peso con serrín?"

Tal era el problema.

No será muy difícil acaso para quien haya estudiado con calor durante años enteros en alguna Escuela Especial, Superior o Preparatoria, ni para hijos de gente acomodada; pero a Eduardo se le hacía tan duro como una galleta de barco. Llegó a resolverlo, sin embargo, como un hombrecito, e inmediatamente presentó el resultado al maestro, que puso una B muy perfilada al pie del problema. ¿No sabéis acaso que una B muy perfilada quiere decir Bien? En cuanto al resultado obtenido, consultaré con un individuo de la Real Academia de Ciencias (que

es un terrible personaje) y le pediré que lo compruebe para vosotros, y si lo consigo pondré el resultado al final de este cuento. Yo por mis propias fuerzas no sé sacarlos.

Eduardo, miraba con alegría aquella B tan perfilada. Raras veces se le presentaba ocasión de verla, y cuando la veía sentía verdadero placer.

—Pero ¿para qué sirve ésto?—decía—; todo sirve para algo menos una lección. Si plantas semillas en el jardín salen flores, a no ser que las semillas estuviesen podridas o que te olvides de dónde las sembraste y no puedas regarlas. Si compras un conejo . . . ahí lo tienes hasta que se muera. Y si te comes tu comida . . . pues se te pasa el hambre a lo menos durante unas horas. Pero las lecciones. . .

Mordía con saña el mango de su pluma, y metió la cabeza en el pupitre para buscar algo con qué jugar después con un compañero. Sostuvo la tapa del pupitre con la cabeza, como me figuro que habréis hecho vosotros más de una vez; el interior del pupitre estaba oscuro, y una súbita luz en el fondo del mismo brilló de un modo vivo e inconfundible.

—Ésto es un cohete—pensó al pronto Eduardo.

Pero no era un cohete; era una especie de luciérnaga, sólo que mil veces más blanca y brillante. Porque

era la luz de la razón pura y resplandecía en los ojos de gloria del Hada de la Aritmética. ¡No sabréis que hay un Hada de la Aritmética! . . . Porque si supierais tanto como yo, sería una necedad que me pusiera a contaros cuentos; ¿no os parece?

Aquellos maravillosos ojos relucían y centelleaban frente por frente a los ojos saltones de Eduardo, que no salía de su asombro.

—¡Ya lo creo que sirven!—dijo al muchacho, que por nada del mundo se atrevía a hablar.

—¿Nadie te lo ha contado?—prosiguió, sacudiendo su traje, tejido de cálculos integrales y adornado de un deslumbrador fleco de logaritmos—. ¿No te han contado que las cosas que ocurren cuando te sale bien un problema ocurren también cuando eres mayor?

—No me importa lo que ocurra entonces—se atrevió a decir Eduardo, al ver los brillantes ojos llenos de amabilidad—. Voy a ser pirata, o salteador de caminos, o cosa semejante.

El Hada se irguió, y su graciosa guirnalda de ecuaciones de primer grado tembló, mientras Eduardo respiraba afanosamente.

—¡Si, pirata!—dijo ella—. ¡Vaya un pirata, que no sabe calcular lo que le toca a cada uno de sus hombres en

el botín, hasta las tres décimas séptimas partes de un eslabón de oro de la cadena del capitán muerto! ¡Vaya un salteador de caminos que no sabe distribuir las cuarenta y dos balas de los revólveres de sus siete intrépidos secuaces, para que a cada uno de los quince enemigos le toque su parte correspondiente! ¡Quita de ahí!—dijo despectivamente el Hada de la Aritmética.

Pero los ojos de Eduardo, como antes he dicho, estaban muy abiertos, saltones.

—Ahora veo—abservó de pronto—lo bonita que es usted.

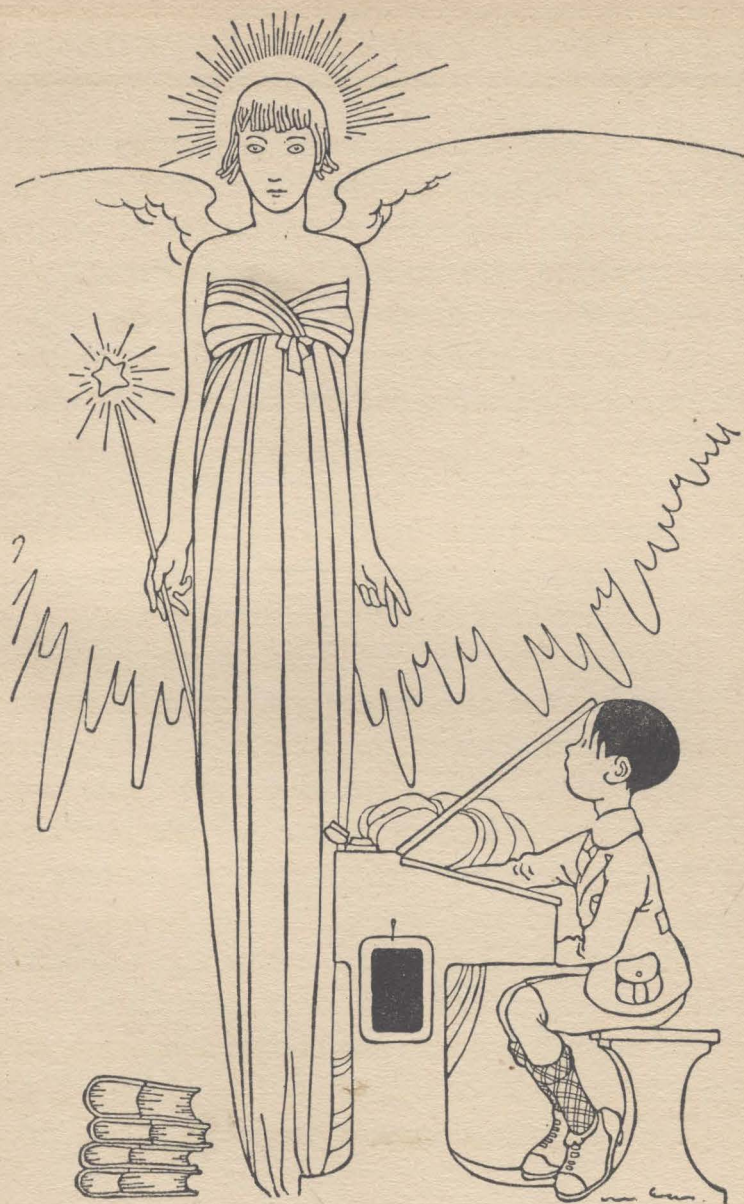
El Hada de la Aritmética no tenía más que una debilidad, una debilidad muy femenina: le gustaban los piropos. Si eran torpes, tanto mejor, aun torpes le gustaban.

Bajó los ojos y se puso a jugar tímidamente con la borla de ejemplos varios de fracciones vulgares que adornaba sus vestiduras.

—Me figuro que no esperarías que te oyesen—dijo con toda amabilidad.

Eduardo se envalentonó.

—Cuando hago una cosa, siempre espero que ocurra algo en seguida; cuando hablo de conejos blancos necesito tener en seguida un conejo blanco.



—Pues dile al maestro que te ponga un sencillo problema de multiplicar referente a conejos blancos. Adiós, hijo mío, mejor me conocerás con el tiempo, y cuanto mejor me conozcas más me has de querer.

—Ya te quiero ahora—dijo Eduardo.

El Hada se echó a reír y desplegó sus espléndidas alas, en que relucía la gloria entera de las Matemáticas superiores.

Cerró Eduardo los ojos deslumbrados y los abrió en el instante en que la tapa del pupitre le caía sobre la cabeza, a impulso de una mano nada vacilante. Era, en efecto, la mano del profesor de matemáticas.

Le puso éste otro problema, y por coincidencia extraña se hablaba en él de conejos blancos. Empezaba: "si siete mil quinientos sesenta y tres conejos blancos . . ." Eduardo, con el cerebro hecho un torbellino, lo resolvió correctamente por una especie de inspiración, como un antiguo profeta, o como una máquina de calcular.

Cuando volvió con sus libros debajo del brazo al hotelito rojo cuyas tejas significaban para él el hogar, se encontró con una agitada multitud que se apiñaba junto a las puertas pintadas de blanco.

Toda la parte delantera del jardín y casi toda su

parte trasera era una hirviente masa de conejos blancos. Para hablar con exactitud, había allí siete mil quinientos sesenta y tres. Nadie más que yo los ha contado. Eduardo, regocijadísimo, y sus padres, divertidos, nunca pudieron hacerlo.

—¡Cuántas conejeras vamos a necesitar!—exclamó Eduardo alegremente. Pero cuando su padre volvió de la Bolsa, donde pasaba los días entre números, sin duda bajo la dirección inmediata del Hada de la Aritmética, dijo enseguida—: Que avisen recovero.

Así se hizo, y sólo un par de conejos blancos siguió siendo propiedad de Eduardo; pero, gracias sin duda al Hada de la Aritmética, por Navidad, aquellos dos conejos se convirtieron en diez.

Una vez despachados los conejos, la paz tendió sus alas perezosas sobre el hotelito; pero no fué por mucho tiempo.

—Dispensen—vino a decir el cocinero, asombrado, entrando en el salón—; las bodegas están rebosando de manzanas. Casi todas podridas. Pero yo no sé quién las trajo ni quién las recibió.

Por una vez en su vida de embustes, el cocinero decía la verdad. La bodega rebosaba de manzanas. Para ser exactos, había allí manzanas por valor de diecinueve

duros, diecinueve pesetas, dos perras gordas y un céntimo.

Se fué Eduardo a acostar, ya completamente seguro de que no había soñado lo del Hada de la Aritmética, y pensativo y ansioso trataba de adivinar sobre qué materias versarían los problemas al día siguiente. Esperaba que no se hablaría en ellos de serpientes ni de maestros de escuela dominical.

El problema del día siguiente se refería a naranjas. Eduardo lo resolvió muy bien, y volvió a su casa conmovido por los más dorados presentimientos. No eran infundados. Todo el comedor y la mayor parte del recibimiento, hasta el séptimo escalón de la escalera interior, cuidadosamente alfombrada, aparecían cubiertos de áureas frutas. El padre de Eduardo habló no se qué de ciertos guasones, y mandó llamar al frutero. Eduardo se comió nueve naranjas y $\frac{3}{7}$ de otra, y se fué a acostar todo amarillo, pero no completamente desgraciado.

Ya no había duda para él.

Al otro día el problema hablaba de elefantes, y eran en número tal, que su padre, al volver de sus asuntos, se sintió muy molesto y mandó aviso al dueño de la casa notificándole que iba a dejar un hotel en que con semejante abundancia se producían naranjas y elefantes.



Nadie sospechaba que Eduardo tuviese la más leve participación en los sucesos. Y, en realidad, no era suya la culpa.

Quisiera tener espacio para referiros lo que ocurrió cuando uno de los problemas puesto a Eduardo hablaba de medias tostadas. De los setenta y cinco cerdos que daban vueltas en un circo a distintas velocidades, sólo diré que parte del circo fué a parar al gabinete de la madre de Eduardo. Ni puedo detenerme tampoco a relatar la historia de las trescientas lámparas eléctricas que aparecieron de pronto en el antes feliz hotelito. La madre de Eduardo se pasaba el día llorando, cuando no le daba por reír, y la gente venía, desde muy lejos, a contemplar la casa encantada. Porque cuando surgieron en ella cuatro mil lechuzas blancas y una torre de iglesia, todo el mundo pensó que aquéllo no era pura casualidad.

El maestro de Eduardo tenía un gusto delicadísimo para plantear problemas, y una vez, el que planteó se refería a bastones. Eduardo lo hizo mal, a propósito, pero de nada le sirvió, porque al volver a casa, allí estaban los bastones lo mismo que si lo hubiera hecho bien. Y como aquella mañana había cogido la navaja de afeitar de su padre para sacar punta a un lapicero, no fueron inútiles todos aquellos cincuenta y siete bastones.

Pero lo que convenció a Eduardo de la necesidad imperiosa de ver nuevamente al Hada de la Aritmética y rogarla que retirase los obsequios que la hacía, fué lo de la cisterna. No es muy cortés quien rechaza un obsequio, pero Eduardo lo tuvo que hacer. En el problema de la cisterna tenían que vaciarse tres azumbres en trece minutos y quince segundos; pero la cisterna de la casa tenía ya un agujero independiente, desde que a Eduardo se le ocurrió probar su flamante barrena, y cuando llegó del colegio se encontró con que todos los techos goteaban abundantemente y la escalera parecía un Niágara. Aquéllo era conmovedor, pero en cuanto llegó el fontanero y el padre de Eduardo supo lo del agujerito, vió el muchacho que la solución era todavía más desagradable de lo que él se figuraba.

Con ésto se marchó a la cama, llevándose una vela encendida y su libro de Aritmética. En cuanto puso la vela sobre la mesa de noche, una gota de agua que cayó del techo la apagó; tuvo que bajar la escalera para encenderla de nuevo. La dejó sobre la mesa y ¡chás!, apagada. Luego sobre una silla y ¡chás!, apagada. Por fin tuvo que dejar la vela encendida dentro de la jofaina que, por extraña casualidad, era el único sitio seco la habitación.

Entonces abrió el libro, seguro de que en él hallaría algo con que evocar al Hada. Recitó la tabla de multiplicar hasta nueve, pero el Hada no aparecía. Leyó luego en voz alta los distintos teoremas con sus ejemplos correspondientes, pero sin resultado. Llamó después al Hada y no vino. Por último, empezó a contar mezclando con los números invocaciones y otras palabras:

—¡Oh, Hada buena!, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete! ¡Ven en mi ayuda!, ocho, nueve, diez, once. ¡Hada hermosa, simpática, linda y amable! Nueve por nueve, ochenta y uno. ¡Hada querida, ven!, siete millones doscientos mil seiscientos cincuenta y nueve . . . ¡Toda la vida te querré si vienes ahora! Tres séptimos de cinco novenos, de cinco duodécimos, de dieciséis quinceavos. ¡Tan amable como fuiste el otro día! Dos y dos, cuatro, y tres, siete. ¡Ven, ven ahora mismo, no tienes idea de la terrible confusión en que me has metido! Siete por nueve, sesenta y tres. Pero me figuro que lo hiciste con buena intención. ¡Hada querida! De trece a treinta y siete, van venticuatro. ¡Ven y mira el abismo en que estoy. ¡Ven! . . ., y el producto os dará el resultado que buscáis.

Calló Eduardo sin alientos, y miró a todas partes buscando al Hada; pero su habitación, con el agua que

goteaba del techo, las toallas húmedas y los cazos por los suelos, no era lugar digno de un Hada. Dando un suspiro, comprendió Eduardo que allí no acudiría nunca.

—Y mañana voy a tener otro jaleo—pensó—. Así fué, en efecto.

El profesor de matemáticas estaba aquel día contento consigo mismo, porque había logrado que su mejor alumno resistiese a los atractivos de la Sección de Letras. La clase echó de ver en seguida el buen talante del profesor—es cosa que al punto se nota—y Eduardo se aventuró a pedir que los ejemplos de aquel día se refiriesen a un modelo de máquina de vapor.

—Pero a una nada más, señor maestro, si le es lo mismo—se apresuró a puntualizar.

El maestro consintió, y por fortuna el problema no hablaba de una caldera rota ni de otro accidente por el estilo, sino que se refería lisa y llanamente a la velocidad del modelo. Así Eduardo pudo saber, en cuanto lo resolvió, el lugar exacto donde encontraría en su casa la máquina de vapor, y el resultado estaba bien.

Metió entonces la cabeza en el pupitre y empezó de nuevo a invocar:

—¡Oh, Hada buena! Si dividimos. 4.700 duros

entre A. B. y C. . . ¡Ven, ayúdame! Tres décimas partes de un duro son una peseta cincuenta céntimos. ¡Hada querida!, once, doce, trece, catorce; ¡oh, Hada buena! . . . y así sucesivamente.

Pero el Hada no acudió. Su compañero de mesa le murmuró al oído:

—¿Qué mascullas ahí?—y le pinchó con un alfiler en la pierna—. ¿Es que el problema no te sale?

De pronto, a Eduardo se le ocurrió lo que tenía que hacer: plantearse a sí mismo un problema. Y fué éste:

”Si en mi pupitre hubiera: 7.535 hadas y de ellas restara 710 y añadiese 1.006, y las demás huyeran por grupos iguales de 783 hadas, ¿cuántas me quedarían en el pupitre?

Hizo las operaciones y llegó al resultado: una. Inmediatamente volvió a abrir el pupitre, y allí estaba el Hada de la Aritmética, más hermosa que nunca, ostentando magnífica vestidura de exponentes con franja de inconmensurables que le llegaba hasta los pies en armoniosas curvas. Llevaba en la mano, como un cetro, la gloria astral del binomio de Newton; pero sus ojos eran estrellas de magnitud todavía mayor. Aunque sonreía, sus primeras palabras fueron de severidad.



—¡Habrá botarate!—dijo—. ¿Cuándo aprenderás a ser cuidadoso? Aquí me tienes por casualidad. Debiste plantear el problema más claramente, diciendo: siete mil Hadas de la Aritmética. Porque imagínate tú que hubieses encontrado un Hada en el pupitre y que ese Hada hubiera sido la de la Gramática . . . o la del Balompié . . . ¿qué hubieras hecho entonces?

—Pero ¿hay un Hada del Balompié?—preguntó Eduardo.

—¡Ya lo creo! Hay un hada para cada cosa que se puede aprender. Un Hada de la Paciencia, un Hada del Buen genio, un Hada que enseña a hacer pan, y un Hada del amor. ¿No lo sabías?

—No—dijo Eduardo—, pero . . . mira . . .

—Ya estoy mirando—contestó ella fijando sus brillantes ojos en los saltones de Eduardo, enteramente lo mismo que la primera vez.

—No . . . , quiero decir. . , vamos . . .—decía el muchacho.

—Te estoy oyendo—insistió ella.

—Hada buena, Hada hermosa, Hada querida . . . —empezó a repetir Eduardo.

—¡Vaya!, ¿qué quieres?

—¿No oíste lo que te dije ayer, mientras goteaba el techo de mi cuarto llenando de agua la habitación? . .

—¿Por nueve sitios diferentes? . . . Si que lo oí.

—Pues, bueno . . .—dijo Eduardo.

—¿Quieres decir que te has cansado ya de que se realicen los resultados exactos de tus problemas? ¿Preferies lo de antes?

—Sí, por favor—suplicó Eduardo—, si no te molesta . . . Ya sé que lo has hecho por amabilidad, pero mira: algunas veces han ocurrido cosas de mucho bulto.

Y al decir ésto, me figuro yo que pensaría en los elefantes.

—Lo hice sólo por complacerte—dijo el Hada haciendo un pucherito—. Pero voy a dejarlo todo como estaba. ¿Estás contento? Pues aún te queda un tercer deseo; ya sabes que siempre son tres los deseos que realizamos: es costumbre de nuestra profesión. Dí, pues, qué desees.

No había puesto Eduardo mucha atención a tal discurso, del que solo había oído lo de "dejarlo todo como estaba", y el "¿qué desees?" final. Y contestó:

—Deseo volverte a ver algún día.

El Hada de la Aritmética le sonrió, con lo cual su

belleza se hizo aún más esplendorosa. No se esperaba ella tal contestación.

—Estaba segura de que ibas a pedir una jaquita, o un juego de bolos, o un par de ratas blancas—dijo—. Me volverás a ver, Eduardo, adiós. Y la visión radiante se desvaneció en una nubecilla de sonrosadas permutaciones.

Cuando Eduardo llegó a su casa supo que en la despensa se había encontrado un modelo de máquina de vapor y que se lo habían dado a su hermanito para que jugara. Hay tristezas que una pluma como la mía nunca podrá describir como es debido.



Eduardo es hoy una reposada persona mayor; viste levita negra y el pelo se le va desprendiendo poco a poco de la sabia cabeza; me figuro que es por sentirse indigno de cubrir tan gran cerebro. El Hada ha permanecido invisible al lado suyo durante muchos años, hasta que el otro día la vió.

Se había hecho doctor en Ciencias con nota de sobresaliente; pero nada significaba ésto para Eduardo. Era astrónomo del Real Observatorio, para lo cual tenía méritos más que suficientes.

Un día, al levantar la cabeza después de varias horas de investigación, se encontró con que había inventado una flamante Hipótesis Hipernebular, y entonces pensó en el Hada, y al pensar en ella la vió. Apoyábase ligeramente sobre un montón de libros que tenían por base los "Principia" de Newton y por remate la última obra de Eduardo: "La cuarta dimensión y las ulteriores". Él la conoció enseguida y apreció al instante, más que cuando era chico, el esplendor de sus ojos y de sus alas, porque ahora entendía de tales cosas.

—¡Hada querida, Hada hermosa!—exclamó gozoso—, ¡cuánto me alegro de verte!

—Nunca me aparté de tu lado—dijo ella—; me gustaría seguir favoreciéndote. ¿Necesitas alguna cosa?

El gran matemático que Eduardo había llegado a ser llevó la mano a los escasos cabellos.

—Nada—dijo—, nada.

Y entonces se acordó de la escuela y del compañero de al lado y del viejo pupitre en que solía guardar luces de bengala—. A no ser...—añadió—a no ser que puedas volver a hacerme joven.

Y se enjugó una lagrimilla, clara como un problema resuelto.

—No puede ser—le dijo el Hada—; no lo puedes tener todo. La única persona que podría lograrlo para tí es el Hada del Amor. Si la hubieras encontrado a ella en lugar mío, serías siempre joven, pero no habrías inventado la "Hipótesis Hipernebular".

—Me figuro que ya no podré encontrarla nunca—dijo Eduardo; y mientras hablaba miró al jardín, en donde una muchacha estaba cogiendo rosas.

—¡Quién sabe!—replicó su protectora—. El Hada del Amor no suele vivir en los pupitres de las escuelas ni en los libros que tratan de la cuarta dimensión.

—¡Quién sabe—se dijo Eduardo; y añadió en voz alta—: El Hada del Amor ¿suele vivir en los jardines?

—¡Quién sabe!—volvió a decir el Hada de la Aritmética, un poco triste; y desplegando las brillantes alas salió volando por la ventana de la habitación y de este cuento.

Eduardo se encaminó al jardín de las rosas. ¿Encontró en él al Hada del Amor?

¡Quién sabe!



Nota.—El individuo de la Academia de Ciencias me dice que el resultado de aquel problema del principio

es 95 duros, 23'75 pesetas, 2 perras grandes y 1 perra chica.

¿Está en lo cierto el individuo de la Academia de Ciencias?

¡Quién sabe!



